REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI | San José, Costa Rica **1933** Sábado 27 de Mayo | Núm. 20

Año XIV. No. 636

SUMARIO

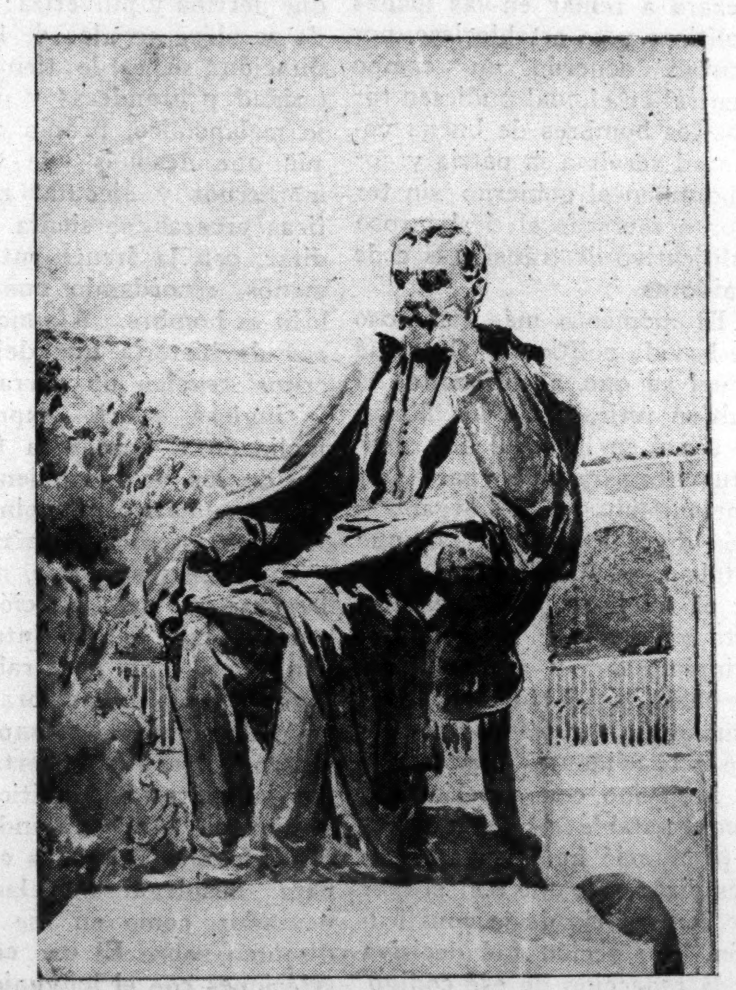
Discurso pronunciado en la inauguración de la estatua de don Miguel Antonio Caro

= De *Cromos*. Bogotá, Noviembre 10 de 1917 =

El gobierno nacional, cumpliendo una ley de la República, ha levantado este hermoso palacio, para que sirva de mansión a la Academia Colombiana, y de relicario a la efigie del insigne varón que honró el nombre de Miguel Antonio Caro.

El gobierno, no obstante las dificultades de esta época azarosa, se ha esforzado por dar cima a esta obra en el menor término posible, pues el jefe del estado ha querido que durante su administración se rinda este homenaje al hombre civil más ilustre que ha producido la ciudad de Bogotá, desde los tiempos de Antonio Nariño.

Aquí, donde se yergue la imponente fachada de este edificio, sirviendo de fondo al bronce glorificador, se levantaba no ha mucho la modestísima casa, único patrimonio que poseyó el hombre que rigió por seis años los destinos de la nación y tuvo en sus manos los caudales públicos en tiempos anormales de guerra civil. Aquí la pequeña sala que él cruzaba a grandes pasos, como león aprisionado, en épocas de voluntario encierro; aquí el jardín minúsculo, en cuyo centro lucía el busto de Virgilio, numen tutelar del poeta; aquí el cuarto de trabajo, tapizado de libros y a donde bajaron tantas veces, ya la musa de la indignación, ya la de la severa, y cristiana filosofía. Aquí resonaba la voz solemne y grave del padre y del maestro, entrecortada con francas risas, que desarrugaban el ceño olímpico del varón consular;... todo esto era ayer y ya ha pasado a la historia; todo esto se borró de la vista pero no de la memoria de los colombianos; y del seno de esa humildad, surge hoy la presente glorificación. En este recinto, donde el silencio veló los últimos años de la vida de Caro, resuena hoy la voz de la nación, que ensalza, no a un político, no a un presidente, sino a un gran colombiano, a un hombre, que encarnó nobilísimos rasgos de su raza, y entregó a la admiración de la posteridad un tipo de selección espiritual y de belleza moral, que puede enorgullecer a todos sus compatriotas, sin distinción de principios ni de colores políticos.



Boceto para la estatua de Caro

La glorificación de los hombres verdaderamente grandes une a los pueblos y armoniza a los espíritus que son capaces de comprender la gloria. El culto de la mediocridad anarquiza y empequeñece. ¡Ay de los pueblos que no tengan tipos representativos en los cuales contemplar su propia imagen, depurada de transitorios accidentes y de inevitables imperfecciones! Las razas dotadas de vitalidad concentran de vez en cuando sus fuerzas para producir figuras superiores, que rescatan la inferioridad de millares de seres anónimos, destinados al olvido.

No siempre esos hombres son comprendidos durante su vida; su propia superioridad los aisla a veces, haciéndoles perder el contacto con sus contemporáneos: su madre misma, la patria que los produjo, después de recrearse en su gloria, suele desconocerlos y hacer con ellos las veces de "cruel madrastra", según la frase del poeta (1); pero cuando las pasiones se aquietan, y el polvo de la lucha se aplaca al influjo del gélido rocío de la muerte, entonces la figura surge transfigurada, convertidas en estrellas las heridas abiertas por las espinas de la corona de desengaños, y resplandeciente la túnica, con ese fulgor de nieve que ostentaban las vestiduras de los ángeles, guardadores del sepulcro y encargados de anunciar al mundo el día de la resurrección.

Caro, por sus condiciones nativas, era un representante de este pueblo, en cuyo seno pasó toda su existencia: pero su carácter y su inteligencia eran de temple y de elevación tan excepcionales, que establecieron un desequilibrio entre este hombre superior y las circunstancias que lo rodearon. Su condición de humanista, hombre de estado, le habría alcanzado laureles dignos de su frente en un país de tradiciones clásicas, donde sean espectáculo normal, un Macaulay, insigne orador político y autor de los **Cantos de la antigua Roma**, y un Gladstone, jefe de partido, comentador de Homero y traductor de Horacio. Su talento generalizador, su concepto filosófico

(1) Ortiz, *La monja desterrada.*

de las altas cuestiones públicas e internacionales, le habrían permitido trazar las grandes líneas de la política de una nación poderosa, y ser consejero escuchado en los gabinetes y en los congresos de las naciones: sin tener que mezclarse en las luchas de intereses y ambiciones, para lo cual no estaba dispuesto. Porque él había nacido para vivir en la contemplación de las ideas puras, cuyo trato es sereno, aquietador y luminoso; pero no conocía la política práctica, arte mudable y engañoso, que requiere en quien lo cultiva una penetración genial para sorprender los ocultos móviles de las acciones, una grande afición al manejo de los hombres y una curiosidad, no muy distinta de la que mueve al dramaturgo y al novelista, para penetrar en el oscuro y tortuoso laberinto de las almas.

Caro era, intelectualmente, un hijo de la civilización latina, un lejano descendiente de la antigua Roma. Su genio tenía la solidez, la serenidad de líneas, la grandiosidad de las construcciones romanas. Porque no solamente el espíritu latino sigue informando nuestra civilización, sino que de vez en cuando surgen en las naciones modernas hombres a quienes hubiera venido bien la toga consular y hubieran hablado dignamente en el augusto recinto del Foro. De éstos era Caro. De aquí la elevación y rigidez de su pensamiento, la concisión majestuosa de su frase, que consagra, cuando rinde un homenaje, y cuando condena, se estampa como hierro encendido. Así hablaban los antiguos romanos, cuyas sentencias, hechas para inscribirse en láminas de bronce, perduran en las páginas eternas de Tito Livio.

Había heredado también del espíritu latino, que buscó la unificación del mundo, la tendencia a la unidad, no en forma tiránica ni opresora, sino como aspiración suprema de un talento organizador y sintético. Amó la unidad de fe, sin imposiciones de intolerancia; la unidad del idioma, sin estrecheces ni timideces de purismo exagerado; la unidad de la patria, dentro del fecundo desarrollo seccional. Contempló a la América, no como campo de batalla, donde combaten intereses y odios regionales, sino como una inmensa liga anfictiónica, donde pueblos hermanos, iguales en el derecho, si distintos en extensión y riqueza, preparan amplio y magnífico campo a la civilización del porvenir. Quiso ver a los colombianos todos unidos en la aceptación voluntaria y consciente de ciertos principios constitucionales, tutelares del orden religioso y social, cooperando al servicio de la patria común, en medio de las naturales divergencias de credo político, y de organización administrativa: ideal hermoso, que no pudo ver realizado porque su gobierno se desarrolló en época de pasiones irreductibles que desdeñaban toda inteligencia con el contrario. Era preciso que una convulsión pavorosa pusiera al país al borde del abismo, para que la sensatez empezara a reinar en las luchas políticas y se estableciese, por mutuo acuerdo, un campo neutral en el cual pudiesen todos los hombres de buena voluntad servir a la patria y colaborar en el gobierno, sin temor a merecer el deshonroso calificativo de tránsfugas o de traidores.

El momento más luminoso de la vida política de Caro fué aquel en que, abandonando el cultivo retirado de los libros, se sentó en la curul del constituyente para tomar parte importantísima en la organización de la República. Los que estaban acostumbrados a ver en él, exclusivamente, al literato y al poeta, dudaron al principio de su aptitud para las cuestiones jurídicas y constitucionales; y sólo se rindieron a la evidencia cuando Caro intervino con superioridad incontrastable en los debates y pronunció aquellos admirables discursos, que son el mejor comentario de la constitución. Su acción fué decisiva en la redacción de ese código, que en sus líneas esenciales permanece en pie, y ha de perdurar. Dios mediante, por voluntad de los colombianos, porque no es como una pagoda oriental, cerrada a los profanos, sino como un edificio clásico, sostenido en severa columnata, que permite apreciar la armonía de sus proporciones y en cuyo recinto pueden moverse libremente todos los ciudadanos. Cuando pasó de la concepción teórica a la aplicación práctica, sufrió las decepciones y tropiezos que han encontrado todos los grandes idealistas, cuando han tenido que adaptarse al arte realista de la política; desde Marco Aurelio, el sublime pensador de los **Soliloquios**, hasta Lamartine y Castelar.

Caro fué gran prosador, gran poeta, gran orador parlamentario. Su prosa tiene la diafanidad y la sencillez de los maestros del siglo diez y ocho, pero con una energía, un hervor de vida que en ellos suele faltar. No buscó nunca la imitación arcaísta y miró con desprecio los aportes traídos al idioma por torpes neologistas. Es uno de los pocos clásicos de la moderna literatura castellana. Rehuyó las galas retóricas y los procedimientos efectistas: su estilo es velo que deja transparentar la viril musculatura del pensamiento. Cuando la indignación mueve su pluma, su frase es ariete que derriba y pulveriza: cuando se eleva en alas de la meditación, su estilo tiene austeridad y grandeza; y un dejo melancólico, propio del titán que después de vencer monstruos y ejecutar magníficas proezas, se sienta a meditar, con la frente entre las manos, recordando que también es hombre. Algunos trozos de historia que dejó escritos, revelan un narrador a la inglesa, sobrio, expresivo, inclinado a buscar la filosofía de los acontecimientos y más pragmático que pintoresco. Sus estudios de crítica literaria dan testimonio, no solamente de su erudición inmensa, sino de la intuición genial con que penetraba en lo más hondo de las obras ajenas y después de descomponerlas con el análisis acertaba a dar la expresión sintética del conjunto. Aun tratando temas filológicos, hallaba campo para desplegar sus alas de pensador, como en ese sabio discurso sobre **El uso en sus relaciones con el lenguaje**, cuya precisión y profundidad filosófica causaban la admiración del insigne Cuervo; y que es digno de quien se abrevó en las enseñanzas de Bello y de Littré. Como orador tenía la facultad de exponer una tesis con rigor lógico implacable, elevando a inmensa altura los debates; y al propio tiempo, la de encender los ánimos con su peroración ardiente, y abrumar a los adversarios con frases que no se olvidan. En ocasiones lidió solo contra aguerridos atletas, semejante a la roca acantilada, por el poder de resistencia, por la solidez de su estructura, por la firmeza de su basamento, por la impavidez con que hace frente a la furiosa acometida de las olas. Entonces era cuando su cabeza romana, de típicas prominencias frontales y coronada de negros cabellos, se iluminaba con luz superior y adquiría toda su belleza. Quienes pudieron presenciar los debates de la constitución y las sesiones del senado en el período crítico de 1903 a 1904, gozaron de un espectáculo que probablemente no volverá a presentarse nunca en nuestra tierra.

El talento crítico tenía tal fuerza en Caro, que lo hacía polemista irresistible, pues le permitía descubrir rápidamente el punto débil del contrario; y penetrando por allí en la fortaleza enemiga, la conmovía con el empuje de su dialéctica, triturando los argumentos para dejar a descubierto su falsedad y endeblez. Y cuando organizaba la defensa de una tesis. sabía escalonar en torno de ella series de razonamientos, enlazando el caso particular con principios generales: de tal manera que el contrario, aun cuando no estuviese convencido, no hallaba manera de replicar ni medio de desembarazarse de aquella tupida trama de pruebas y de objeciones, que lo oprimían y paralizaban sus esfuerzos.

Como Nisard y Brunetiére, tenía Caro un severo gusto clásico, modificado por el estudio de las literaturas modernas. Cuando nos hace entrar en las intimidades de Virgilio y Horacio, y nos revela las condiciones características de su genio y los secretos de su arte literario; cuando vierte luz sobre la interpretación filosófica y estética del Quijote; cuando estudia las silvas de Bello y los cantos de Olmedo con tanta profundidad y delicadeza, que a sus propios autores habría sorprendido quizá la revelación de cosas que ellos apenas entrevieron en medio de la misteriosa elaboración de la obra de arte — es Caro digno representante de la alta crítica, de ese género antes desdeñado como secundario y que en los tiempos modernos ha alcanzado tan singular importancia, en manos de grandes pensadores y artistas. Los críticos verdaderos son eficaces colaboradores del genio creador, e iluminan para los profanos las abismosas profundidades de las obras maestras, poniendo de relieve sus más hondas bellezas y perfecciones como el

foco potente que encendido en las entrañas de una gruta, disipa las espesas tinieblas y hace brillar las estalactitas, permitiendo apreciar en toda su belleza la mágica estancia, donde pretendían hallar guarida las aves nocturnas. Así los grandes críticos pusieron en fuga a los necios retóricos que oscurecían con sus rastreros comentarios las obras de Homero, de Dante y de Shakespeare; e hicieron lucir en todo su esplendor esos monumentos del arte, inaccesibles por su misma grandeza a los ojos miopes y acostumbrados a la media luz de prosaicos censores.

La poesía fué pasión dominante de Caro, desde sus primeros años hasta los últimos días de su existencia; y la cultivó ya como traductor insigne, ya como poeta original. Trajo a nuestra lengua, con arte admirable, preciosas flores de la poesía latina, entre otras, las elegías de Tibulo y las epístolas de Horacio. Pero su obra capital fué la traducción completa de Virgilio, trabajo ciclópeo emprendido y llevado a cabo en su primera juventud. Este es el monumento, más duradero que el bronce, elevado por el poeta bogotano a su maestro, jefe y guía. Virgilio fué el ídolo de Caro: halló en el cantor de la **Eneida,** si no esa poesía primitiva, cercana a la naturaleza, que corre fresca, viva y majestuosa en los poemas homéricos, sí el arte exquisito, que logra fundir los varios elementos de una obra vasta y complicada, en una armonía suprema: e ilumina con serena luz espiritual, no sólo el conjunto, sino hasta los más humildes pormenores del poema; la delicadeza afectiva, que reemplaza la titánica grandeza de la edad heroica, con la expresión penetrante y patética de sentimientos tiernos y humanos; el ritmo, ya grave y rotundo, ya blando y dulcísimo: el plan grandioso, que arrancando de los orígenes legendarios de Roma, conduce la acción hasta la época de Augusto y abre al pensamiento perspectivas de futura, inacabable grandeza. ¡Virgilio! él se alza en momento providencial de la historia, recibiendo reflejos de Homero y alumbrando, a su turno, con rayo de inspiración cuasi profética, los lejanos horizontes por donde ha de surgir, siglos después, el astro del Dante. Para medirse con su poeta, Caro se preparó largamente, ensayando sus fuerzas y acopiando todas las riquezas y preseas de la lengua y de la versificación castellanas. Su traducción se levanta, con la majestad de las cosas indestructibles, en el campo de nuestra literatura; y no hay hasta hoy en nuestro idioma otra que pueda competir con ella en brío de dicción y en elegancia poética. Dichoso el que, como él, logra unir su nombre al de un inmortal.



Dn. Miguel Antonio Caro en estatua

Como poeta original, brilló Caro en la poesía grave y meditabunda, que hace a un tiempo pensar y sentir. No tienen sus versos la sonoridad de la poesía romántica, hija de Zorrilla, pero sí un ritmo más hondo, que brota de las entrañas mismas del pensamiento. Como poeta clásico, aspira a la precisión, al relieve, a la pureza de la línea; pero a veces su inspiración se expande en forma de honda, solemne sinfonía, que nos lleva lejos del mundo: como en la bella composición **La vuelta a la patria**, donde de estrofa en estrofa, vamos ascendiendo desde las bajas y oscuras regiones de la tierra, hasta las claridades del ideal divino. Pero su obra maestra es la oda **A la estatua del Libertador.** Bolívar fué su héroe, como Virgilio fué su poeta. En sus paseos por su ciudad nativa, de la cual nunca salió, se detuvo muchas veces a contemplar el bronce inmortal de Tenerani, que representa al semidiós envuelto en el manto de la melancolía. Caro admiraba como nadie el canto épico de Olmedo, donde aparece Bolívar entre los esplendores de la apoteosis, y se complacía en oír el estruendo de la cuadriga de caballos inmortales que conducían al héroe a las cumbres de la gloria. Pero su genio no lo inclinaba a la oda pindárica, sino a la meditación heroica: y contemplando esa cabeza tan bella como la del Apolo del Belvedere, pero más conmovedora, porque expresa un dolor infinito, sintió las inspiraciones de la musa que consagra los supremos infortunios y convierte el martirio silencioso en apoteosis triunfal: la musa de la piedad y de la justicia, que da forma imperecedera a los oráculos de la historia y expresa el fallo sereno y reparador de la posteridad. En esas estrofas lapidarias, la inspiración asciende con la majestad del vuelo del águila que, describiendo círculos inmensos, se remonta a las alturas andinas. No canta al sol que deslumbra y ciega en el cenit; sino al astro rey que, en los lejanos términos del horizonte, ya próximo a morir, se ve más grande, velado por la tristeza de la hora final. Nuevamente Caro unió su destino al de un inmortal: como lo unieron Manzoni y Tennyson al de los dos guerreros que decidieron la suerte de Europa en el campo de Waterloo.

La última grande inspiración de Caro es el **Canto al Silencio**, escrito en tercetos dantescos, en que hay más pensamientos que palabras. El formidable luchador, el que tantas tempestades había desatado en torno suyo con su palabra inflamada, invoca al silencio, precursor de la calma perpetua. Los últimos años de Caro fueron de meditación recogida y silenciosa, de concentración espiritual; y cuando la desgracia lo hirió en lo más sensible, arrebatándole a su santa compañera, se dispuso a marchar en pos de ella, sordo a los reclamos de la popularidad, que volvía a golpear a sus puertas disponiéndose a otorgarle otra vez los más altos honores. Vióse entonces que debajo de la férrea coraza de aquel hombre, aparentemente estoico, latía un corazón sensible, capaz de los más vivos afectos, y que si él hubiera escrito sus confesiones íntimas, las hubiera podido encabezar, como el grande emperador romano sus **Soliloquios** (¡y con cuánta más razón que él!), dando gracias al cielo por los bienes domésticos que le había dispensado.

Grandes y múltiples fueron los talentos de Caro: pero quizá por ellos solos no habría merecido este homenaje excepcional; porque mucho significa el genio, pero para que sea benéfico y útil a las naciones, debe apoyarse en el fundamento de la virtud. Y Caro fué, no solamente poeta y crítico, orador y publicista, filósofo y jurisperito; no sólo enriqueció las letras patrias con páginas perdurables, sino que dejó ejemplos de esos que honran y enaltecen a un pueblo. No fué él uno de esos caracteres tímidos y acomodaticios, que un gran dramaturgo estigmatizó bajo el irónico título de "los hombres de bien", que no hacen directamente el mal, pero dejan ejecutarlo sin atreverse a formular una protesta y aceptan cómodamente los hechos cumplidos. Caro no era hombre de virtud pasiva e indolente, sino enérgica y activa. Siempre estuvo listo a romper lanzas en defensa de sus convicciones religiosas y políticas; pero el

que combatió con vehemencia a sus adversarios, fué el mismo que, poniendo el pecho al peligro, abogó por ellos, en momentos críticos de la vida nacional. Nunca tuvo temor a nada ni a nadie, excepto a Dios y al testimonio de su conciencia: y en los más adversos trances, ostentó la dignidad de un hijo de la república romana. Y como los héroes de ésta, mostró siempre el más absoluto desinterés, contento con abrigar su pobreza en un girón del manto de la patria. No hay en sus escritos un solo rasgo que mancille la dignidad del hombre, ni que inspire ideas muelles y utilitarias. Por donde quiera dejó lecciones de fe, de constancia, de noble idealismo. No creyó lícito traficar con las cosas del alma: ni prostituir la alteza de la poesía. Amó a su patria con afecto indomable, y sufrió por ella "cuanto lengua mortal decir no pudo". Erró a veces, como todos los hombres, pero quedando siempre a salvo la firmeza de su convicción; y en medio de los grandes desastres morales que le tocó presenciar, permaneció incólume, revistiendo en la vida la majestad que conserva en este bronce. Por eso la patria lo saluda con respeto; y los que fuimos sus amigos y seguidores, nos descubrimos con emoción y con júbilo, al ver instalada su efigie a modo de genio tutelar de esta ciudad que iluminó con su talento y honró con sus virtudes.

Antonio Gómez Restrepo

Poesías ineditas

= *Envío del autor* =

MARINESCA

Náufrago en espuma de mar,
estela en fiesta blanca,
y brazos que aletean;
burbujas que se rompen
en el vaho blanco
de las aguas de sal.
Aguas que se modelan de los vientos
y sueltan
su cabellera al sol.

Agua de mar
señora de toda la existencia.
Asombro de pupilas
en peces,
pulidos de nadar.
Cetáceos rodados en las manos,
pan negro del polo;
mamas que destilan
el vacío de las rocas
en lucha de arco iris.
Ondular de líneas negras,
que triunfantes,
se resuelven
en pérdida de algas,
y soplido entre barbas
del frescor de las aguas.

Agua de mar,
señora de toda la existencia;
pentágrama
de las sinfonías del sol.
Tatuada de las lunas,
con escamas labradas
y senos de sirena.

Pechos de intemperie
con Cristo Marinero;
tabaco que se quema
en espuma de mar.
Bandada tras el barco
en jaula de desechos:
otra vida de hombres
salida del mar,
del mar de los corderos
que perdieron su orilla:
asomo en tempestades
y esquila de la paz.
Y en azul,
mi mano que palmotea tu vientre
yo,
náufrago en espuma de mar...

MI AIRE QUIERO

Sin báculo, sin norte,
como mano de ciego que no logra el oriente,
jauría de pensamientos arrastro yo por corte.
El agua llevo al cinto, no hay árbol que haga puente.

Un ancla ya os pido,
es mucho ya el fastidio de ver mis propias huellas,
bastante ya he sido,
entre hombres, entre cosas, entre hombres y querellas,
Mi campo, mi aire quiero.
Tornad conmigo al monte
mi respirar cerrero,
que aquí tiene clavada su línea el Horizonte.

EL HATO SIN APRISCO

Creadores de triscar
en el desierto.
Corderillo:
mano del alma
que se consume en tus vellones.
Ingenuidad tras leche,
boca que se abre
en los pezones
lechados de la muerte.

Rebaño de Horizonte
sin majada
y pastor de espantapájaros.
Oveja de espiral,
que alienta en el balido
el cristal de las mañanas.
Sayal el piel cetrina,
humeral de callado
y voces de profeta...

Sangre que ilumina las puertas;
espadas de los ángeles,
y vida en primogénitos.

Vecindad de cipreses desgreñados,
en cementerio de tapia familiar.
Cencerro, voz de niebla,
ángelus siempre
de collar.

NOCTURNO EN EL DIA

Este mismo reposo
esta misma cadencia
de olas
de olas que se perfilan
y tributan su vaho
al cálido infinito.
Las olas
que lamen apaciblemente
las arenas negras
de mi tierra tropical.

Este mismo azul
de los albatros
fondo de prestidigitados
y de palmas,
que barren
los albos caprichos
de las nubes
en su lenta peregrinación.

Estos mismos peñones
desnudos de intemperie
que se agrietan
de la espuma del mar.

Las mismas caricias
en los cinco sentidos
de este aire de pañal:
esta misma luna nueva,
nueva uña del Creador
que rasga los azules
del cielo y del mar.
La misma luna entera
en que subió María
que da la luz de labios
que se juntan salobres
en la humedad del trópico.
La luna que mengua
con párpado de sombra,
que entreabre la pupila
con la eterna distancia
con que ven los ciegos...

El mismo reposo,
la misma cadencia de olas
que lamen
las arenas negras
de mi tierra tropical...

Max Jiménez

San José de Costa Rica, 1933.

La poesía de Max Jiménez

(A propósito de su último libro: QUIJONGO)

= *Envío del autor.* Cornell University. EE. UU. =

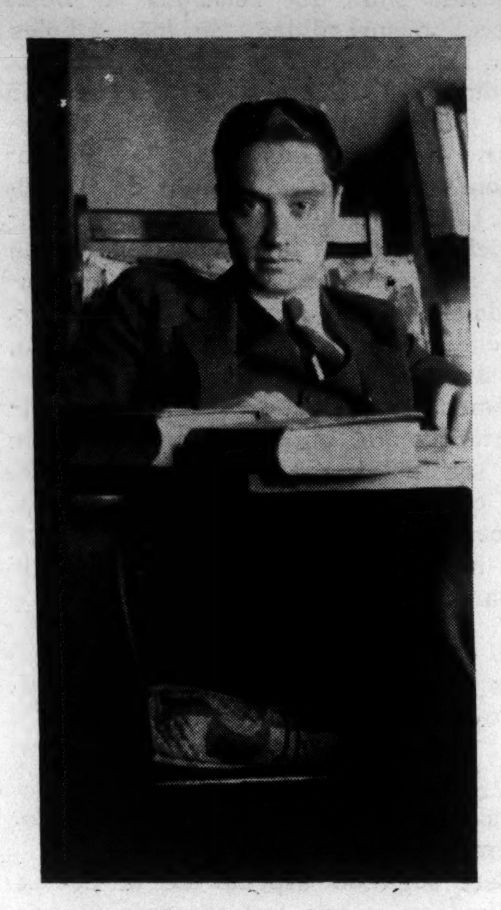
A *Raúl Martín Tinoco*

He seguido siempre con gran interés y simpatía el desarrollo de la personalidad literaria de Max Jiménez. Lleva ya publicados tres libros de versos este poeta costarricense: **Gleba** en el 1929, **Sonaja** en el 30, y este nuevo año que ahora se inicia, nos trae la agradable sorpresa de un tercer volumen: **Quijongo.**

De **Gleba** me ocupé a raíz de su publicación aquí mismo en el **Repertorio.** Nada tengo que cambiar hoy a mi opinión de entonces. Lo dicho por mí, ha sido justificado por el tiempo que ha corrido desde esa fecha y creo haber adivinado con bastante exactitud las principales cualidades literarias del autor, perfeccionadas y desarrolladas con gran acierto en sus dos obras posteriores. Sobre **Sonaja** escribí un corto ensayo que por negligencia mía, no se llegó a publicar. En el que hoy me propongo redactar, juntaré ese viejo material inédito con algunas otras observaciones sugeridas por la reciente lectura del bagage poético contenido en **Quijongo.** Lo dicho acerca de **Sonaja,** no lo he cambiado en nada, y en este nuevo texto me he limitado a agregar nuevas notas y comentarios a ese material inicial.

Al querer escribir sobre la última obra de Max Jiménez, pude haberme limitado a hilvanar algunas cuantas líneas de apología, dispersas y fragmentarias: un mero artículo de cumplimiento en esa manera lírica y elocuente que es tan común entre nosotros; impresionismo de crítica puramente literaria y accidental. Pero estimo la producción poética del escritor costarricense muy significativa y alentadora en la valorización de la literatura patria para podernos contentar con la fantasía elogiosa de unos cuantos renglones escritos al correr de la pluma. En momentos en que el mundo entero sufre las consecuencias de una severa crisis económica, y cuando los valores materiales y trágicamente positivos, tiemblan y se deshacen a manera de castillos de naipes, creo que es alentador, y quizá hasta útil, el ocuparnos de nuestros valores espirituales. Quiera Dios que esto nos consuele un poco y nos traiga frescos alientos y una nueva esperanza. Recordemos que en estos momentos de desengaño, el universo entero se vuelve a interesar por el cultivo de sus posibilidades espirituales y artísticas, ante el fracaso de las económicas.

El criterio dominante existente hoy día en Costa Rica—y que ha existido siempre desde que Max Jiménez publicó sus primeros ensayos poéticos — es que el autor de **Gleba** es un poeta confuso, difícil de leer, que se complace **premeditadamente en escribir de esta**



Enrique Macaya Lahmann

manera, con el fin de aparecer como un escritor extraño de ideas muy avanzadas y modernas. Nada de más falso en el fondo. Nuestro principal objeto al escribir las presentes líneas, es probar que Jiménez es un escritor claro y perfectamente comprensible y de una sinceridad artística tan fresca y espontánea como no creemos exista en la obra de ningún otro poeta costarricense a excepción de nuestro gran Aquileo.

Si observamos cuidadosamente y tratamos de penetrar hasta la esencia misma de la poesía del autor de **Sonaja,** llegaremos fácilmente a convencernos de que su aparente modernidad es sobre todo un aspecto exterior de su arte. Lo avanzado en Max Jiménez es la forma, la realización literaria de sus libros, la construcción temática de las imágenes. Por el contrario, la concepción espiritual de su mundo lírico, es de una simpleza y de un vigor clásicos. Lo difícil es abordar su poesía, descubrir en ella los artificios técnicos que nos impide su comprensión inmediata. Una vez descubierto este ángulo de perspectiva, el velo nebuloso en que se envuelven sus versos, desaparece como por mágico encanto, adquiriendo entonces todo la mayor simpleza y claridad. Para entrar en el huerto lírico de este poeta, hay que proveerse de antemano de una llave que nos deje franca la puerta; para conseguirla, bastan unos cuantos minutos de reflexión y un poco de buena voluntad e interés en el ánimo del lector. Los versos de Jiménez no **se pueden llegar a comprender con el** mismo mínimo esfuerzo mental que se necesita para compenetrarse de la poesía de un Julio Flores por ejemplo. Nada hay en las páginas de **Sonaja** o de **Quijongo** de esa sensibilidad superficial e inmediata que cautiva fácilmente la simpatía del público.

Un amigo mío—estudiante colombiano de talento, como la mayoría de la juventud colombiana—y que conoce la obra del poeta costarricense a través de mi entusiasmo por ella, protestaba contra ciertas imágenes poéticas que se encuentran en **Sonaja** y en **Quijongo.** Entre ellas, recuerdo estas dos:

tiene el encanto de los instrumentos
que solamente pueden ser tocados con
el alma.

(**Quijongo:** "Introducción").

manos que usan alma.

(**Sonaja:** "Viejo cacharro").

Argumentaba mi amigo, que un instrumento nunca puede ser tocado con el alma, por ser ésta un concepto metafísico, intangible. Por la misma razón "unas manos" no pueden aposesionarse y hacer "uso" de la misma. No obstante, en la conversación corriente decimos frases como éstas: "se quieren con toda el alma", o bien, "lo dije con toda el alma", y sin embargo, nunca se nos ocurre de tildar a quien las dice o las escribe, de escritor avanzado o modernista. Posiblemente que la primera vez que estas frases fueron usadas, sorprendieron por lo atrevido del concepto. Sólo el tiempo y el empleo cotidiano han podido transformarlas en locuciones vulgares de uso corriente. Los versos de Jiménez están llenos de imágenes parecidas a las dos que llamaron la atención de mi amigo colombiano. Sorprenden a primera vista por su imposibilidad objetiva, pero si se toma ante ellas una actitud puramente emotiva, el concepto espiritual que encierran, llega a delinearse claramente en nuestra mente, y una repetida lectura de las mismas, arriesga a darnos un concepto de ellas que se acerca ya mucho de lo objetivo.

La oposición de las dos evocaciones o conceptos de que resultan las imágenes, no tiene en el arte de Max Jiménez, el mismo procedimiento elemental que caracteriza la poesía clásica o romántica por ejemplo. La historia de la evolución de la poesía, se puede restringir, como lo ha probado Emile Bouvier, a un mayor aguzamiento y una más vasta visión de la metáfora poética. El autor de **Gleba,** que está saturado de las más avanzadas teorías del arte, no pudo evitarse de escribir en el modo que le es tan familiar y característico de su siglo. En su obra, los elementos de la imagen, pertenecen a

menudo a dominios completamente diferentes, tan diferentes, que a primera vista no se vé ninguna conexión posible entre ellos. He aquí por ejemplo una actitud espiritual contrapuesta a un atributo material del hombre:

Y cuando blancas almas
que visten misticismo.
(**Sonaja**: "Mi amiga la campana").

Vestir un alma, es algo ya en sí, bastante ariesgado de decir, y aun más arriesgado todavía, vestirla de "misticismo". Pero a pesar de esta imposibilidad "objetiva", encierran estas líneas, un concepto poético perfectamente tangible. Digamos simplemente "manos místicas", y todo adquiere de nuevo su perfecta normalidad. Y cosa curiosa, el uso del verbo vestir, viene, en nuestra manera de pensar, a dar mayor fuerza objetiva a la imagen, que si dijéramos simplemente "manos místicas". Indirectamente, un atributo material del hombre da un matiz gráfico al concepto metafísico de alma. Es únicamente a primera vista que la idea parece engañosa y atrevida.

Imágenes como las que acabamos de mencionar, menudean en las páginas de **Sonaja** y de **Quijongo.** Se comprende perfectamente que desorienten al lector poco versado en arte de vanguardia. He aquí otros ejemplos, estractados al azar:

dedos de angustia le salen de cada rama,
para beber luz que derrama
el sol de invierno.
(**Sonaja**: "Sol de invierno").

Hay hojas
en plena **pubertad.**
(**Sonaja**: "Protesta en verde").

Y la tarde **se alarga**
en su **tibieza de cariño.**
(**Quijongo**: "Trópico").

la eterna niñez de las aguas
(**Quijongo**: "El lago del parque").

Es éste pues, el primer artificio literario de que se sirve el autor de **Sonaja** en su obra: la oposición directa por medio de la imagen de dos conceptos pertenecientes a dos mundos completamente diferentes (generalmente lo material en frente de lo espiritual), y que llegan a tener realidad únicamente como meras emociones poéticas. Es cierto, que esta representación gráfica de lo espiritual por medio de una asociación a lo material, es la base de toda imagen poética, tanto antigua como moderna. La diferencia reside, en que el poeta romántico por ejemplo, acopla ambos elementos de una manera bastante simple y directa, dibujándose la imagen en la mente del lector rápidamente, con una intuición inmediata; por el contrario, en la poesía moderna, los componentes de la metáfora, no se unen de una manera tan elemental y fácil, sino que la relación pide un mayor esfuerzo de comprensión y de análisis de parte del lector. Por ejemplo, Espronceda, para expresar la sensación de abandono y pesimismo que causa el recuerdo de hechos pasados, se sirve del conocido símil que relaciona las hojas secas, desprendidas de los árboles, con las ilusiones y las "esperanzas perdidas" de tiempos ya idos, imagen que todos hemos leído en su "Estudiante de Salamanca". La "correspondencia" (usemos la palabra de Baudelaire), brota intuitivamente en la mente del lector, con la misma rapidez con que salta la chispa eléctrica al contacto de dos polos opuestos. En cambio, Jiménez, para expresar la misma idea, se sirve de un procedimiento menos rudimentario (el que sea menos rudimentario no implica necesariamente que sea mejor, tan bueno puede ser el uno como el otro si se saben emplear), y acerca una sensación y un acto físico que no se hermanan fácilmente a primera vista:

vacío que es tristeza por todo mi pasado
como una mano exangüe que no logra estrechar...
(**Quijongo**: "El soplar del tiempo").

Aclarado este primer recurso literario, pasemos ahora al segundo.

Este segundo aspecto de la poesía de Jiménez es una consecuencia directa del primero. La composición literaria en **Sonaja** o en **Quijongo**, no se lleva a cabo por medio de un desarrollo progresivo y metódico de un motivo central de inspiración. Los poemas que componen estos dos libros, están construídos a base de rasgos emotivos rápidos e inconexos, sin que haya un engarce directo y bien marcado entre ellos. Son brochazos líricos dispersos en el poema y que encuentran su única posible unidad, en una actitud emotiva general y poco definida. Es ésta la razón por la cual Jiménez usa de nombres muy genéricos para dar título a sus composiciones: "Renuevo", "Mi tristeza", "Versos", "Pobre corazón", "Mis males", etc., etc.

Siendo estos rasgos poéticos tan fugaces y poco desarrollados en su tema, la emoción tiende a concentrarse en sus elementos esenciales. La imagen debe ser entonces algo muy definido, que no necesita complemento alguno para tener vida propia y que puede darse expresión definitiva por sí sola. Es ésta la razón por la cual algunas líneas seleccionadas de entre los versos del poeta de **Sonaja**, llegan a tener el mágico poder de poesía sintética que caracteriza a la copla española o bien al famoso piropo andaluz. Veamos por ejemplo estas estrofas:

...tus mujeres...
que sueltan las palabras
cual granos desprendidos
de las rojas granadas.
(**Sonaja**: "España").

castañuelas que saben
el por qué de la vida.
(**Sonaja**: "España").

Hay males mudos, mis males cantan,
peor fuera el tedio.
(**Sonaja**: "Mis males").

Como lluvia de pueblo tengo yo el alma.
(**Quijongo**: "Lluvia de sol").

Melena en que dejaron
las huellas digitales
grabadas las pasiones.
(**Quijongo**: "La estrella de todos").

Un coplero popular castellano, familiarizado un poco con las tendencias modernas del arte, hubiera fácilmente escrito estas tres últimas líneas en honor de la moza de sus amores.

Esta parquedad y comprensión del vigor emotivo, es algo que acerca íntimamente la poesía de Max Jiménez a la tradición literaria de España.

Composiciones como "España" y "Toledo", no son otra cosa que una sucesión gradual y progresiva de evocaciones e impresiones líricas escritas en esta manera impresionista tan típica de la obra del poeta costarricense. Son como gotas que van cayendo rítmicamente y

que al condensarse en el fondo de la copa que las recoge, llegan a adquirir la unidad que requiere el poema.

Pero cabe ahora preguntar: si la poética del autor de **Gleba**, no obedece en su realización al desarrollo progresivo de un tema inicial, ¿en qué está fundada la unidad de su poesía? ¿Qué justifica en su obra, la unidad de varias imágenes bajo el título genérico de un poema?

En **Sonaja** y en **Quijongo**, las diferentes imágenes y evocaciones literarias, encuentran su unidad en una actitud emotiva general, que define el tema de inspiración del verso. Este varía inmensamente, siguiendo las circunstancias que lo sugieren. A veces es la simple evocación de un paisaje ("Trópico") o las impresiones históricas despertadas por la visita de una ciudad ("Toledo") o de un país ("España"); o bien en otros casos el tema ostenta un carácter más íntimo: sensación de abandono ("El soplar del viento") o de pesimismo ("Vendimia"). Nos atreveríamos a asegurar que Max Jiménez al componer un poema nunca encabeza la página con un título antes de escribir el primer verso. Sus títulos nunca parecen haber sugerido la composición, sino que por el contrario, son éstos una consecuencia de la realización final de la poesía. Jiménez es un poeta incapaz de desarrollar un programa literario previamente concebido, su musa se resiste a las limitaciones de un tema impuesto. Y cuando él mismo llega a imponérselo, es éste tan vago y tan amplio, que prácticamente su inspiración goza de completa libertad. El asunto surge más de un estado emotivo, de una atmósfera lírica que impresiona la musa del poeta, que de una idea previa bien establecida y manoseada de antemano.

Estas son las tres ideas principales que nos propusimos exponer en este artículo a manera de notas marginales capaces de ayudar en algo la buena comprensión de la obra del poeta costarricense.

Los otros aspectos de su literatura no creemos que ofrezcan dificultad alguna. En cuanto a la lengua, es ésta de una sencillez que más bien parece estar fuera de tono en la obra de un poeta de filiación tan moderna como lo es Max Jiménez. Recuerdo que una vez en París, el poeta chileno Vicente Huidrobo porfiaba que la palabra navideña, que sirve de título a una composición de **Sonaja**, no era castellana. Nuestro poeta, poco convencido, fué al diccionario, y la palabra estaba allí. No es que su vocabulario sea pobre; el término por él usado es generalmente el término justo, el que mejor se amolda a la expresión de la idea. No hay lucimiento conceptista en su lengua; por el contrario, tiene ésta una nitidez realista que está muy de acuerdo con la tradición española. Palabras gráficas que sugieren un concepto claramente delineado, bañadas de una opaca brillantez castellana. Ese idioma apagado y melancólico con que se expresa Jiménez, nos hace recordar el paisaje de Castilla y el Siglo de Oro español con sus romances y sus letrillas. La lengua de **Sonaja** y de **Quijongo**, tiene siempre una robustez clásica. Su poder de expresión es fuerte, pero al mismo tiempo mitigado por un dulce pesimismo. Es como el sol de las llanuras castellanas, cuya luz clara y penetrante, hace resaltar melancólicamente el paisaje en toda su fuerza original, perfilando contornos, destacando sus más íntimos detalles: las grietas de los muros, los ocres de la tierra, el oro resecado de la mies madura, la prolongada sombra de los pinos centenarios.

Finalmente, hay en la poesía del autor de **Gleba** una nota de sinceridad profundamente humana que dice mucho de la seriedad y cariño con que este poeta toma la carrera de las letras. Pocas veces la poesía moderna, que abusa tanto del preciosismo y de lo artificial, ha llegado a ser tan espontánea. Leed por ejemplo su poesía titulada "Vendimia", en **Quijongo**, y os convenceréis.

Enrique Macaya Lahmann

Febrero de 1933.

Estampas

De la inconformidad ejemplar de Carlyle

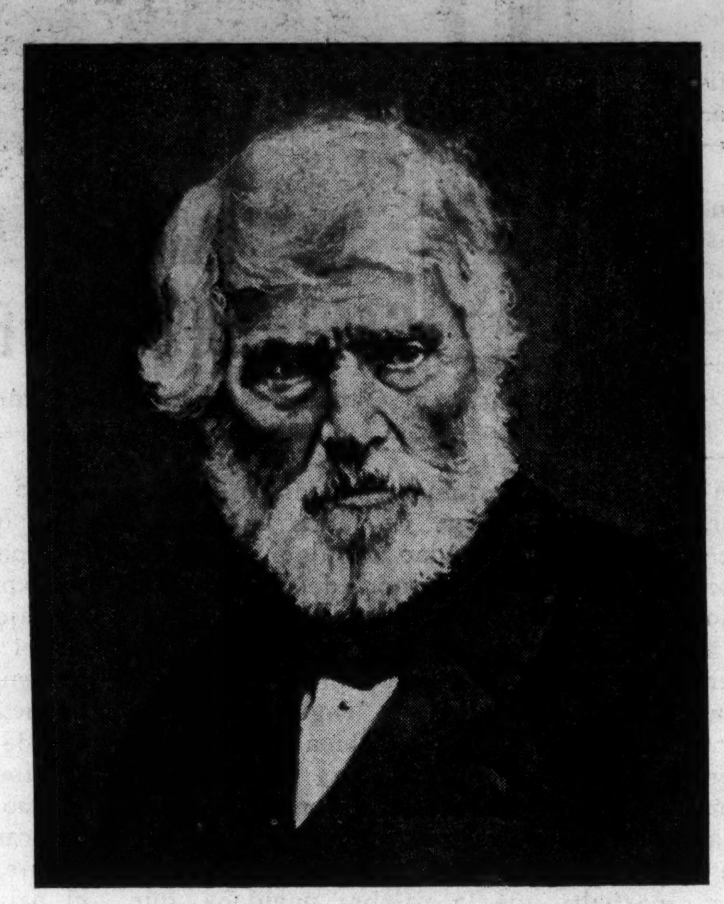
= Colaboración directa =

Si el anhelo es no arrebañarnos, tenemos que fortalecer nuestra inconformidad. No nos apartemos de los grandes inconformes si ya los tenemos como guías. ¿Es Carlyle el que nos inspira? Admirable su fuerza moldeadora. No es para espíritus vidriosos, porque es ruda y necesita resistencia. Su inconformidad es inmensa. Peleó contra el medio, que es pelear titánicamente. Cuántas fauces heridas y agrediéndolo para silenciarlo. A todas las exploró con varonilidad ejemplar.

Pero no es Carlyle atracción para las generaciones de los tiempos que vamos viviendo. Es honda e imborrable la inconformidad que hace pasar por el alma. Y lo que parece imponerse es la nivelación que hace sumiso al hombre. El mundo quiere sumisos porque así aparece el gobernante, el conductor de pueblos providencial. Con la inconformidad que da Carlyle no nace el obediente. No es, por eso, Carlyle, un guía accesible.

El que lo busque para entretenerse no avanzará dos pasos de su mano. Desde que la extiende y ciñe es para jornada larga y de sacrificio. Y el sacrificio está excluído de la comodidad de la vida presente. La conformidad no produce contrastes. Por lo mismo no trae conflictos.

Producía malestar a Carlyle la rutina de los Gobiernos y su incapacidad para construir nada. Meditó en esas organizaciones y dejó a la posteridad reflexiva un ensayo profundo. Aspirando a un gobierno nuevo, dijo: "Elevar a los hombres de talento, explorar y pasar por la criba a la sociedad entera, en cada una de sus clases, para descubrir a los hombres de talento, y elevarlos jubilosamente...." No encontraba justa la norma de elegir los hombres de gobierno. El capacitado no tenía en los Gobiernos observados por Carlyle puesto de dirección. Pero no ha habido variación desde entonces (1850) a nuestros días. La inteligencia no señala a nadie para las funciones de responsabilidad. Lo excluye en una forma condenatoria, pues la inteligencia renueva, mata la rutina y nada de esto puede trastornar al gobierno modelo. Carlyle pedía demasiado cuando hablaba de inteligencia. Quería terminar con múltiples privilegios. Y si la posteridad a la cual habló con visión grande se sintiera transformada por enseñanzas nuevas, sería una posteridad inconforme, dispuesta a todos los sacrificios. Sería una posteridad que exclamara como él: "No; la especie de héroe que surge trepando a las espaldas del sufragio universal, y que se instala como Primer Ministro y Hombre de Estado con panaceas por la gracia del periodista influyente, no permite apenas hacer que vuelvan las naciones por los caminos de Dios... "Griegos del Bajo Imperio"; con un barniz de retórica parlamentaria; y supongo yo, con otro gran don, flexibilidad de carácter; prueba de que han perseverado en el servicio de su amo. Pobres diablos, su industria es el culto del populacho, el culto de la plaza pública, la intriga parlamentaria y el arte múltiple de la esgrima de las palabras: arrojados en ese mal elemento, allí barbotan durante años enteros, agarrándose, atropellándose unos a otros según su fuerza, y el más ágil y el más afortunado llega a la meta, y sale triunfador".



Tomás Carlyle Del cuadro de *Millais*

Y esa especie de héroe todos anhelan llegar a serla. De modo que seguir a Carlyle en su inconformidad es matar muchas posibilidades de triunfo. Esa especie de triunfo en los Gobiernos sólo la da la aprobación de lo existente. El camino rápido de ascender es nivelarse. Nada de lucha. Aceptar como virtudes los vicios inmensos. Someterse a la voz autoritaria de unos pobres diablos en ejercicio del mando. Surge el individuo y pronto escala una posición y asoma otra hasta perderse de vista. Es un surgimiento visible y ostentoso. Y por este deseo de surgir no busca el hombre la inconformidad que lo hace luchar contra el medio achatador. Un siglo casi ha pasado desde que Carlyle habló de un gobierno nuevo y las cosas siguen en el mismo lamentable estado en todas partes del mundo. El cambio en el sentido ascendente no se ha producido. Unos hombres pasan y los que los suceden heredan sus vicios y sus predominios de mando. Piensa el espíritu inconforme que Carlyle se enfrentó a un problema que no tiene la solución que él indicó. Los Gobiernos como negocios de castas, no desaparecerán jamás de la tierra. La educación de los hombres es precisamente para vivir en explotación y en sumisión de esa clase de Gobiernos. Las inteligencias estarán relegadas por los siglos de los siglos. Mientras sean inteligencias tendrán juicio propio y esto no lo tolera el arrebañamiento. En sus filas acepta al sumiso, al que no tiene personalidad, al que mueve el sí y el no según la orden de mando. Y como participar de Gobiernos así es disfrutar de multitud de ventajas y prebendas, los hombres están conformes, con una conformidad indestructible. Pretender hacerlos diferentes es demencia. Por esto Carlyle habló sin el ánimo de conseguir seguidores de su tiempo. Pero si quiso situar su visión en una posteridad lejana, tampoco acertó el grande hombre de Inglaterra. La inconformidad no es ansiada por los hombres. Para nada les sirve cuando el ambiente es de cobardía y de predominio eterno de las mediocridades. Además, toda educación tiende a igualar para que el resultado sean poblaciones indiferentes y desanimadas.

No fué Carlyle el teorizador escéptico que dió todo por perdido y emprendió obra de negación. Cuando no se conformó con la obra de los Gobiernos que veía errando lamentablemente, señaló caminos con valor. Quería en los Gobiernos la inteligencia para que pudieran esos Gobiernos crear. En la infecundidad en que los palpaba no encontraba sino tormentas. El medio social lo conmovía. Las masas hambreadas lo llenaban de reflexiones hondas: "Porque el Pauperismo, aunque absorba en este momento una cifra considerable de millones por año, no es en manera alguna una cuestión de dinero solamente, sino algo infinitamente más alto y más grande que cualquier dinero concebible... El Pauperismo no podría tolerarse, e importaría vitalmente a los Ciudadanos ingleses extinguir el Paupe-

(*Pasa a la página 314*)

Don Antonio Gómez Restrepo

= De *Cromos*. Bogotá. Abril 30 de 1932 =

Dr. Antonio Gómez Restrepo

En estos días con nosotros, como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Misión Especial de Colombia, ante el Gobierno de Costa Rica.

Al saludarlo, renovamos la simpatía y el aprecio, ya antiguos, por el insigne letrado colombiano.

En la sala de su casa, el doctor Antonio Gómez Restrepo posee cuadros antiguos, entre los cuales se destacan uno de Figueroa, el pintor colonial y varios de su discípulo el aventajadísimo y conocido Vásquez Ceballos. También varios retratos de personajes "augustos" con expresivas dedicatorias, pues no hay que olvidar que don Antonio Gómez representó a Colombia ante el Rey de Italia y tuvo distintas actuaciones diplomáticas.

Pasamos después a su biblioteca. Siete largas habitaciones, donde se han agrupado, ordenadamente, científicamente, los 20.000 o más volúmenes que la integran.

Don Antonio Gómez Restrepo, que ha ejercido lucidamente cargos públicos, como Senador de la República, Representante al Congreso, Ministro del Despacho, agente en distintas misiones diplomáticas, etc., etc., es una persona cortés, comunicativa, de expresión fácil y desguarnecida de aparatosas posturas. Y es, además,—hecho que nos conviene subrayar—uno de los más conocidos ensayistas y poetas nacionales. Es un erudito.

Su vida familiar.—La esposa de don Antonio Gómez Restrepo — gran dama — doña Paulina Mallarino, murió en Europa, cuando su esposo desempeñaba una misión diplomática. Y así, pues, principia:

—Ahora, desde que murió mi esposa, como solo. Estas soledades mías, traen como consecuencia que llega hasta perdérsele el gusto a la comida, para convertirse ésta en una función orgánica. No es ya el mismo hecho agradable de cuando vivía mi esposa.

Hombre de hogar, pero retraído de los sitios bulliciosos, es decir, un bogotano auténtico, don Antonio se anticipa a cualquier pensamiento nuestro y nos sale al quite:

—He sido tan entregado a mi casa, que no he pertenecido por eso a ningún club. Pocos hombres tan caseros como yo. Esto tampoco quiere decir que haya sido enemigo de la sociedad, o que sea un misántropo. Cuando vivía mi esposa recibíamos en casa con frecuencia a muchos amigos, pero en la intimidad, sin aparato, o sea sin avisos en los periódicos ni retratos. Eso no nos gustó nunca...

Sus principios literarios. — ¿Cuándo comenzó sus estudios?—le preguntamos.

—No sé ni cuándo aprendí a leer. Me eduqué en un colegio, en el de mi padre—don Ruperto Gómez—, de modo que para mí las primeras letras fueron de una naturalidad tal, que ya no recuerdo la fecha. Como mi padre era aficionado a la literatura, me comunicó fácilmente su gusto por esos estudios. Lo que sí recuerdo muy bien, fué que mi primera ambición, de chiquillo, fué tener un estante con libros propios, contra lo de todos los muchachos que es tener caballos y juguetes; ya ve usted en lo que se ha convertido esa afición, en siete habitaciones abarrotadas de volúmenes.

—¿Sí recordará, por lo menos, qué fué lo primero que publicó?

—Versos. Creo que eran unos que se llamaron **Romance**. Tenía entonces 12 años y los escribí con ocasión del centenario del nacimiento de Bolívar, publicados en un periódico que dirigía don Ignacio Borda. Esa fué la pirmera vez que vi mi nombre en letras de molde.

Don Antonio se pasea al través de su biblioteca. Un momento de pausa y continúa:

—Poco tiempo después, me publicaron un artículo que dió origen a una polémica que hizo ruido, con don Rafael M. Merchán, el autorizado crítico cubano. La polémica tuvo como principio mi defensa a un tomo de versos que hacía poco había lanzado el poeta don Rafael Tamayo. Era el año de 1884. Merchán tuvo la ocurrencia—¿de qué otro modo puede llamarse — de tomarme en serio, no sabiendo que era un chiquillo?

—¿Qué lo movió a usted a defender al poeta don Rafael Tamayo?

—Amistades de familia. Pero fué tanta la mella que hizo en el espíritu de Tamayo las críticas de Merchán, que después de ese tomo de versos no volvió a publicar nada. Fué un poeta que allí mismo se enterró. Tras de eso, en un folleto, publiqué unos ensayos sobre Merchán. Los versos nunca los he puesto a la venta. En Madrid publiqué más o menos hacia esa época, **Ecos perdidos**, con un prólogo bondadoso de don Rufino José Cuervo, y en este último viaje a Europa otros dos: la traducción de Leopardi y el **Relicario**, dedicado a la memoria de mi esposa.

Y queriendo recalcar un hecho, dice:

—Pero tampoco los he puesto a la venta. Han circulado únicamente entre mis amigos.

Su único amor.—Recientemente una revista española, **Estampa**, de Madrid, preguntó a varios escritores sobre sus primeros amores. Le hacemos esta misma interrogación a don Antonio:

—Eso no se puede decir. Serían confidencias demasiado íntimas. El grande amor de mi vida fué el de mi mujer. Sin perjuicio, como era natural, que de antes de enamorarme de ella—a quien conocí muy pequeña—hubiera tenido...

Don Antonio piensa. Quiere encontrar una palabra, que no viene pronto a su imaginación:

—Bueno, Es algo que no se puede clasificar. Pero puedo decirle que el recuerdo de mi primera emoción sentimental está en los **Ecos perdidos**.

Y nos advierte:

Hablé sólo de mi mujer y nada más...

Sus lecturas.—Además de ser la biblioteca del doctor Gómez Restrepo una de las más grandes que existen en Bogotá, es él uno de los asiduos clientes de las librerías bogotanas. Sus últimas lecturas:

—Los libros que conoce todo el mundo. Ludwig, Maurois, Zweig, especialmente su **Fouché** que es prodigioso. Estos días he estado leyendo uno de memorias de la Duquesa de Dino, más tarde sobrina de Telleyrand-Perigord, por su enlace matrimonial, que es de una amenidad encantadora.

—¿A quién considera usted que haya sido el escritor que más influencia ha ejercido sobre su espíritu?

—Una de las personas que más han influído en mí es tal vez don Miguel Antonio Caro. Desde que comencé a leer, me aficioné grandemente a sus escritos y puede decirse que no ha habido un colombiano que haya escrito una prosa tan vigorosa como la de Caro, y en verso, unos tan bellos como los de Rafael Pombo. Son los dos colombianos que, literariamente, más me han interesado. He sido editor de ambos; de Caro, en asocio de su hijo Víctor, poeta inspirado y docto literato. Especialmente las de Pombo representan un gran esfuerzo. Donde quiera que sabía que existía un manuscrito suyo, hasta allá iba a buscarlo.

Después vino la labor descifradora y la ordenación.

Un recuerdo de Caro. — ¿Recuerda usted—le preguntamos al señor Gómez Restrepo,—una anécdota de su vida literaria, algo en fin, que lo haya impresionado?

—El estímulo que recibí de parte de don Miguel Antonio Caro, a propósito de la polémica en que me empeñé con el señor Merchán. Caro tuvo entonces la bondad de intervenir en mi favor, con dos cartas, que a más de interesantes, eran definitivas para lo que yo estaba sosteniendo. También conservo con cariño la traducción de Virgilio, hecha por Caro, con dedicatoria de su puño y letra, que me causó un estímulo eficaz para mis principios literarios.

—¿Algunos de sus recuerdos de niñez?—insinuamos.

—Casi todos, como es lógico suponer, se relacionan con la literatura.

Entre esos recuerdos le citaré el del centenario de Bello, en el cual fué laureado mi padre, con una medalla de oro, por una poesía que presentó. Es la mejor fiesta literaria a que he asistido, o quién sabe si es que así lo vea todavía por haberse allí consagrado a mi padre como poeta. En esa noche conocí a don Marco Fidel Suárez.

Al preguntarle la impresión que causó en él el insigne gramático, contesta:

—Suárez también fué laureado esa noche por un trabajo en prosa. Al ser pronunciado su nombre, descendió de las gradas un joven, modestamente trajeado, con marcado aire provinciano, y recibió su premio, con emoción no disimulada. Nadie lo había oído nombrar todavía. Y ese día, supe por primera vez, quién era Marco Fidel Suárez.

Las figuras que le interesan. —¿Cuáles son para usted las figuras colombianas más interesantes?

—Es difícil contestar esta pregunta. En la Independencia Nariño, por sus múltiples condiciones y porque se perfilaron en él cualidades de estadista, que no alcanzaron a su pleno desarrollo por la adversidad que lo persiguió siempre en su carrera pública. En la república, Núñez es el hombre más interesante que ha producido el país.

—¿Usted conoció a Núñez?

—Lo conocí una noche que fuí a Palacio en representación de una academia literaria. Fué el año 88 y concurrimos, que recuerde, Hernando Holguín y Caro, José Joaquín Casas y yo. La primera vez que lo vi fué en la fiesta del centenario de Bello, a la cual concurrió en su calidad de presidente de la República, y tenía a su lado a Ricardo Becerra, su ministro de Instrucción Pública. Volví a verlo, más tarde, en "El Cabrero", cuando, de paso para Europa, me invitó a almorzar. Impresionaba su figura: el mirar de sus ojos, la forma de expresión que buscaba para sus ideas, sus frases rápidas, todo en él daba la sensación de su grandeza espiritual, y de lo excepcional de su talento para la vida pública.

Recuerdo a sus compañeros literarios.—Mientras el doctor Gómez Restrepo se acerca a uno de los anaqueles de su biblioteca, para mostrarle al cronista algunos libros curiosos que ha conseguido, consagra estas palabras de gratitud y amistad hacia sus compañeros de letras:

—Conservo con verdadero y muy íntimo afecto el recuerdo de escritores y poetas más o menos de mi generación ya desaparecidos, como José Asunción Silva, Rivas Groot, Carlos Arturo Torres, Diego Uribe, Holguín y Caro, Concha, etc., y los que afortunadamente viven aún, como Arciniegas, Casas, Grillo, Camacho Carrizosa, Valencia, Sanín Cano, García Ortiz, Mora, Arias Argáez, Zuleta, y muchos que se me escapan en estos momentos. Esa generación cerró dignamente un siglo glorioso de las letras colombianas; luego vino la del Centenario, en que también ha habido figuras eminentes. Me he complacido en admirar a todos los colombianos eminentes, no importa su agrupación ideológica, que por su inspiración o su talento, sean poetas o prosistas, han honrado a la patria; y en la medida de mis fuerzas he dado a conocer los resplandores de su inteligencia. Para ellos he tenido siempre una palabra de admiración y entusiasmo. Es quizás el único mérito de mi modesta labor.

Don Antonio Gómez Restrepo afianza estas últimas palabras sobre su sinceridad y con un gesto de firmeza espiritual.

Nos invita a echar una ojeada sobre algunas de las obras antiguas que ha recojido en su fecunda existencia intelectual. Ve algunas y nos muestra el "Diccionario de Autoridades", la Biblioteca Greca de Didot, la Latina de Nisar.

Toma un viejo infolio. Es la "Chronica" de Fray Antonio de la Calancha, uno de los más raros libros sobre América, correspondiente al año de 1639, que es muy escaso y que hoy mismo no se encuentra en el Perú, al cual se refiere.

De golpe, como impulsado por un resorte, toma un pequeño tomo y exclama, con gesto de profunda satisfacción:

—Es esto quizás de lo mejor que tengo. Es un manuscrito del insigne don Marcelino Menéndez y Pelayo. Me lo regaló en Barcelona, hace poco, en julio de 1928, don Antonio Rubio y Luch, amigo de Colombia. Es el prólogo que escribió el autor glorioso de los "Heterodoxos Españoles", sobre uua obra acerca del teatro de Calderón de la Barca, escrita por Rubio y Luch. El prólogo, como usted ve, está admirablemente bien empastado y puede ser del poco número de originales que se encuentran hoy de Menéndez y Pelayo.

—Vuelva usted otro día por aquí y continuaremos echando un vistazo a estas ediciones y curiosidades que he amontonado.

Con estas palabras nos despedimos del doctor Gómez Restrepo.

Guillermo Camacho y Montoya

De la inconformidad ejemplar...

(*Viene de la página 312*)

rismo y no detenerse en la marcha hasta que no hubiesen puesto término a él. El Pauperismo es la gran vía de agua abierta en todas las junturas del buque carcomido. Si todos los hombres cumpliesen su deber, si intentasen por lo menos cumplirlo seriamente, no habría pobres. Si los supuestos Capitanes de este mundo tuviesen en lo más mínimo la costumbre de mandar; si los supuestos Adoctrinadores de este mundo tuviesen en lo más mínimo la costumbre de enseñar, de amonestar a esos Capitanes entre otros, y con un celo sagrado, enseñarles a dónde conduce semejante negligencia ¿cómo podría existir el Pauperismo? El Pauperismo estaría lejos de nosotros; no tendríamos que deplorar y denunciar más que pecados insignificantes, que no engendrarían sino muy indirectamente el Pauperismo. Podemos contar con que allí donde hay un Pobre, hay un Pecado; para hacer uno se necesitan muchos Pecados. El Pauperismo es nuestro Pecado Social que se ha hecho mani-

fiesto; desarrollado, desde el estado de ignobilidad espiritual, de impropiedad práctica y del olvido del deber... El Pauperismo es la exudación envenenada de todos los pecados, de todas las pútridas incertidumbres, de todas las glotonerías ateas, de todas las hipocresías y jesuitismos serviles del diablo que existen entre nosotros". ¿No es acaso hoy idéntico el problema? El siglo que ha pasado desde que Carlyle advirtió el mal de las poblaciones hambreadas de cuerpo y de alma no ha variado un ápice la gravedad del asunto. Con la conmoción social ocurrida en Rusia, los Gobiernos han atado más el mando a sus redes dominadoras. El Pauperismo ha crecido, se ha multiplicado como los peces del relato bíblico. Es un Pauperismo que lo invade todo desesperadamente, en una agonía que busca, como dice Carlyle, las junturas del buque carcomido para desatarse. Y como sobre Rusia se ha lanzado la condenación universal, a esta hora el Pauperismo que existe desde siglos antes de haber venido Rusia a su estado actual, es desatendido y perseguido con los mismos métodos aplicados contra el comunismo. Pero esto es cegarse, es olvidar que hay una advertencia que no puede desestimarse en todos estos fermentos sociales. No es con la persecución despiadada con lo que van los Gobiernos a cegar la miseria de las poblaciones. Carlyle pide al ciudadano inglés que no se detenga en la marcha hasta tanto no haya acabado con el Pauperismo. La misma advertencia hay que repetir al ciudadano de todas las naciones del mundo. Acabar con el Pauperismo, pero con sabiduría. La sabiduría en el trato de los fenómenos sociales parece estar excluída de gobernantes y gobernados. Con violencias ciegas reprimen una queja. Y es sólo acallamiento, porque en el fondo sigue el fermento buscando salida, tratando de manifestarse para que se le atienda y se libre al hombre de la desigualdad que lo abruma y lo coloca en un plano de infamia. Si hay el ánimo de trabajar en serio por la grandeza de una nación no es posible desentenderse de asuntos tan graves como este del Pauperismo. Carlyle lo dijo claro a su nación. Hablar con Carlyle en una época azotada por los mismos males sociales es revivir la advertencia llena de sabiduría. Por esto comentamos hoy a Carlyle. No nos hacemos ilusiones. La inconformidad que el gran escritor produce en los espíritus deseosos de no arrebañarse es una inconformidad a la cual no se aspira, porque es de sacrificio. Pero prendamos esa brasa.

Juan del Camino

Costa Rica y mayo de 1933.

El hombre nuevo

(Contribución de ánimo al Segundo Congreso Iberoamericano de Estudiantes)

= *Envío del autor.* San José de C. R. =

En la reciente sesión inaugural del Segundo Congreso Iberoamericano — tres días hace—fué diseñado a grandes rasgos el plan ideológico que ha de ser materia de sus deliberaciones. Si numerosos fueron a mi juicio los aciertos de este plan, ninguno superó la iniciativa en búsqueda del arquetipo espiritual del **Hombre Nuevo** llamado a forjar la sociedad del futuro dentro del ansia de justicia que aviva las urgencias de la hora presente.

A título de viejo profesor de nuestra Facultad de Derecho me tomo la licencia de ofrecer al estudiantado costarricense algunas sugerencias con que los años y el dolor—en su proliferación espontánea—han venido tejiendo mi experiencia de la edad provecta.

Más que de maestro hablo pues de viejo a la juventud costarricense, en el minuto mismo en que se ve forzada a definición sobre asunto tan trascendental.

I

Si el credo íntimo y la fe que lo sirve son de linaje humano los dos grandes resortes de la vida espiritual, debe abstenerse el hombre nuevo de atentar contra el credo de nadie, ora credo de culto, de ciencia o meramente de conciencia, con tal de que realice una sana inspiración del profesante.

El hombre nuevo no puede renunciar —sin morir en agraz—, a esas fuerzas superiores del credo y de su fe, que todo lo arrollan con el andar del tiempo y de la evolución. Ni tampoco debe subordinar esas fuerzas fecundas a un culto abstracto—como el de la diosa Razón de los revolucionarios de antaño—, que por arte de espejismo visionario se creyeron en posesión de algo irreal, como es la razón indeterminada, imprecisa, puesta a merced de cada cual.

Debemos reemplazar los mitos, aunque aparentemente buenos, por la realidad vivida, aunque aparentemente mala, si hemos de mantener incólume el vigor espiritual que necesita el hombre nuevo.

Y luego, ¿quién se osa dueño de la verdad para imponerla en el terreno espiritual?

Abjuremos entonces y también de la imposición de los credos de escuela que conducen al artificio de una fe—que por no propia—se aniquila en sí misma. Y consagremos la libertad de conciencia, en su máximo, como el primer jalón del hombre nuevo.

Tampoco hay que buscar un hombre nuevo fuera de la doctrina de amor y sacrificio, de Jesús.

Los universitarios nos sentimos por lo general inclinados a actualizar el papel del cristianismo, separándolo de dogmas y liturgias, transmutándolo en un credo de justicia terrestre, despojado entonces de toda humildad abolitiva de la dignidad humana, de todo sacrificio que no venga oficiado en el ara de su estirpe.

Pero hemos de ver los universitarios que la masa cristiana imbuída en la fe de la divinidad, no está con el Hombre dios, mas con el Dios Hombre, aunque ambos se confunden en un mismo valor; y hemos de ver mayormente que si ambos generan una fe que va tras el mejor destino humano, tanto monta para ese fin que sean dos o sólo una las fuerzas místicas o de filosofía, en cuanto ayuden a orientar y robustecer la fe moral, bien por mandato del Señor, bien por devoción de conciencia.

Cada uno a su manera, deísta, panteísta o ateo, cada hombre nuevo ha de inspirar su alma en la moral cristiana— en libertad de rito o de no rito—, alimentando cada día y cada día fortaleciendo el espíritu de amor y sacrificio por el Hombre.

No podrá ser hombre nuevo quien por adelantado no se despoje de la intolerancia de credo, la qué no es otra cosa, en suma, que la propia y regresiva tiranía de conciencia en que gestó el emblema de la Cruz.

¿Y a qué guía de doctrina ha de acogerse el hombre nuevo—en su deber de credo altruísta—, si carece de una fe religiosa que le marque el sendero?

No ha de orientarse ciertamente por las filosofías negativas, ni por las estériles—que son las más—, ni menos por las especulativas, ni aún menos por las de la revolución convulsiva del odio inconstructor.

El hombre nuevo—no por ser iconoclasta y aunque estuviera desprovisto de la fe divina—, no ha de buscar fuera de sí mismo ninguna escuela de conciencia, si no quiere extraviarse, o debilitarse al menos en el ritmo grandioso de la espontánea fe.

Se nos dirá seguramente que nada puede el anhelo de autoperfección—como nada puede por otra parte la filosofía—, contra los signos atávicos del

Hombre de Hobbes. A eso replicamos felizmente que en el balance de la ética, el alma humana sólo por excepción padece de taras de atavismo; y que bien dirigida lleva en sí virtualidad bastante para preparar el Hombre de Emerson, que es la suprema aspiración hacia el dios hombre en quien deben soñar los universitarios.

Conocemos el tipo del hombre dotado de fuerza de abnegación suficiente para sobreponerse—aún dentro del común vulgar extraño a la Universidad—, a los errores del ambiente y aún a sus propios extravíos egoístas del pasado; y he ahí un lote apreciable y pronto al nuevo proselitismo. Son todos aquellos hombres, muchos por fortuna, que por inspiración de la naturaleza—o digamos de Dios, para conformidad de tolerancias—, llevan en su espíritu, aunque minúsculo, el brote de amor y sacrificio que llevó a Jesús hasta el zenit de la divinidad, cierta o romántica.

Lo que importa es que el tipo del hombre nuevo esté construído sobre una fe de **moral humana,** pronta al amor, a la caridad, al sacrificio del hombre por el hombre; a la vez que pronta también a combatir el mal, no por mano de la mansedumbre que lo alienta, sino por obra de una conciencia irreductible en el ejercicio del propio deber, y por obra de una fortaleza indomable en la defensa del derecho, no menos del ajeno que del propio.

Aún mirando a su Dios, el cristiano de culto divino puede inspirar su acción de energía contra el mal venido de sus semejantes, o en el ánimo implacable de Jehová, o mejor en la semblanza del Jesús airado que para la salud de los hijos del Creador, arrojó del Templo a los mercaderes que lo profanaban.

II

Para cimentar,—caso de ausencia de ritos edificantes—, la filosofía de creencia autónoma y auténtica en el alma de cada hombre nuevo, tampoco subordinada a las filosofías de escuela, se hace preciso que acudamos a forjarle algunos elementos de visión y de nervio, que no de juicio.

El primer contingente, de visión,—digamos de principio—, se ha de buscar en un ideal constructivo, de patria, de amor, de ciencia, de voluntad, de gloria, aún de vanidad superativa; un sano ideal por fin,—el que más exalte cada espíritu, el que más lo disponga al esfuerzo—; el que mejor nos ponga en postura de actuar por el sagrado del Hombre. Así pues, por cantidad cada hombre nuevo ha de ser consubstancialmente hombre de acción, siempre que por calidad lo sea de acción plausible en el sentir de la comunidad.

El segundo factor, de nervio, objetivo éste, es el que se dirige a buscar un proceso de ejecución puesto al servicio del ideal adquirido. Desde luego alejémonos—en el arte de los métodos—, del sentido de crítica comparativa de Taine, que con todo y la profundidad del análisis, compromete sus frutos en la esterilidad de su eclecticismo, que abandona a la mente de los neófitos,—no siempre alerta—, el cuidado de orientarse a sí misma, sin su guía, frente al dédalo de los sistemas filosóficos. Mas por ahí no queremos decir, empero, que los universitarios pretendamos labrar el raciocinio del hombre nuevo sobre un marbete de imposición intelectual, que ponga un rubro a su inteligencia; sino que si la Universidad del porvenir abdicara el deber de marcar rumbos—a seguir o no seguir, en albedrío—, por el mismo hecho se distanciaría de los fines de cultura positiva a que hoy está llamada, entre los cuales no es menor que ninguno el de acabar con las viejas rutinas del saber abstracto, que conducen a la fosilización de la voluntad; y a veces a petrificar la inteligencia misma.

El proceso a seguir para la realización del ideal humano bien asistido, no es otro, ya lo dijimos, no puede ser otro que el que fluye del ejemplo y los métodos sencillos de Jesús, superiores en eficacia a los ejercicios de toda filosofía, híbridos por lo general.

En balance de aportes, la Universidad del porvenir, después de alentar la germinación o el desarrollo de un ideal emotivo en las espiritualidades deficientes,—después de darles alas—, ha de darles también, valga el símil, una brújula y un sextante de control; y también y por qué no el oriente?, cuando sólo se nos ofrezca bajo el aspecto de una luz de observación.

La nueva Universidad, libre y de promoción individual hacia un fin colectivista, no podrá preparar el bien común a que se siente llamada, si no renuncia desde ahora mismo al papel de sólo hacer ciencia, y no conciencia.

Puede ser que se nos diga que la conciencia, como la razón, son elementos incoercibles que se sustraen a la unificación de sentido. Pero eso es falso, aunque ambas sean potencias del fuero íntimo. La razón, como de casta intelectual, adolece de las discrepancias que le impone la mayor o menor inteligencia del sujeto; y es en consecuencia desigual en el guarismo del conglomerado humano; y es, por la esencia y la necesidad de su vuelo supremo, una fuerza llamada a repeler todo método de disciplina. Al paso que la conciencia, de casta moral, es en sí misma de abstención y limitación, si no ha de morir a propia mano de su libertinaje. Así como las fuerzas intelectuales, en su fisonomía de creadoras, perecerían en un ambiente de subordinación, así perecerían las fuerzas morales, en su genio y función de moderadoras, si se las emancipa del precepto de sujeción.

Si se nos preguntara, acaso, qué precepto es ése y quién lo ha escrito, diríamos sin vacilar que toda conciencia, emotiva como es, adivina el precepto, si no lo lleva imbíbito; y diríamos que lo siente o lo adivina por sensación propia o por receptibilidad de la ajena, sin riesgo de equivocarse de otra manera que cuando se traiciona.

Hagamos pues conciencia en la Universidad del mañana: conciencia, sobre todo, a ver de formar un hombre que resista el descalabro de las ciencias especulativas, el derecho, la economía, la política; un hombre nuevo que del espectáculo de semejante descalabro saque la inspiración del amor, del esfuerzo y de la justicia integral que han de cumplir su obra en la nueva redención que se impone.

Pero la Universidad no debe contar con la vana soñación de que las gentes se acojan a su seno. Las gentes no caben en la Universidad, ni la Universidad cabe en el intelecto de las gentes, si es que queremos hablar del pueblo por igual y como es de justicia.

La Universidad se desnaturalizaría si por error o por debilidad sólo pone los ojos en el proletariado. Si como ha de ser los pone en el común de la masa de los hombres, no debe la Universidad atenerse a lo impráctico: si la montaña no viene a ella, vaya pues hacia la montaña, en su afán y en su deber de evangelización. Antes que a un llamamiento de sectarios de clase, que puede conducir derechamente a hacer de la Universidad un núcleo amorfo de hombres listos a la lucha pasional de sus sentimientos, debe atenerse la Universidad al interés de guardar sus aulas para el oficio de la serenidad de las ideas; y debe mirar a un tiempo porque fuera de ella cada cual combata por su credo, llevado de palabra o por escrito hacia todos los ámbitos. El libro, la tribuna y sobre todo la prensa, son los llamados a exteriorizar y difundir la obra de una Universidad que busque acierto y no confusión en su puesto de mentora. Para mantener intactas su autoridad y unidad directrices, ha de poner su servicio interno de difusión al abrigo de todos los tumultos: y su servicio externo de vulgarización en manos de sus más sanos y mejores apóstoles, pues sólo así cumpliría bien con el pleno de su nueva tarea; y sólo así podría llegar al pleno de su poderío de prestigio.

En síntesis, el Hombre Nuevo ha de ser, mejor si sabio; pero antes que sabio ha de ser un iluminado en el dominio del bien trascendental y humano a la vez.

Luego, en síntesis también, la Universidad, por caminos sencillos y al alcance de todos, debe labrar la conciencia social que necesita el hombre nuevo.

Digamos para concluir, que si se apartan de allí la Universidad o el Hombre Nuevo, ninguno de los dos irá muy lejos...

Víctor Guardia Quirós

"Tizas de colores", el libro de una educadora

= *Envío de la autora.* San José, C. R. =

Los prólogos que Bernard Shaw pone a sus libros, son interesantísimos. Lo curioso es que, al terminar la lectura de toda la obra, se siente la necesidad de reeler su prefacio. Esto nos ha sucedido con **Santa Juana** y con **Volviendo a Matusalén.** El de este último consta de 114 páginas en que Shaw dice cosas inauditas. A veces nos ha parecido que entendíamos mal. De cuando en cuando se formula preguntitas como ésta: "¿Hay alguna esperanza en la instrucción?" El mismo da la respuesta: "La contestación usual es que debemos educar a nuestros maestros, es decir, a nosotros mismos. Debemos enseñar ciudadanía y ciencia política en la escuela. Pero, ¿es que debemos? Nada. El hecho brutal es que **no** debemos enseñar ciencia política o ciudadanía en la escuela. La ley lo prohibe, y el maestro que tratara de no observarla, perdería sueldo y empleo y encima se expondría a ser procesado por sedicioso y perturbador". Maestro que en estas materias no enseñe unas cuantas mentiras convencionales, es destituído. Los ejemplos abundan. Hay uno muy reciente y por cierto bastante doloroso, ya que se trata de una persona de relevantes méritos: la educadora argentina Herminia C. Brumana.

Hace algún tiempo, **Repertorio Americano** publicó un fragmento de **La grúa.** Esas páginas admirables nos incitaron a buscar sus libros. Leímos entonces **Mosaico.** Meses después, la propia autora nos envió su última producción: **Tizas de colores.**

Herminia C. Brumana hacía obra fecunda en la Escuela Nº 10 de Sarandí (Avellaneda). A sus alumnas y al personal de esa institución dedica su hermoso libro. "Publico estas impresiones en momentos en que dejo de pertenecer al magisterio bonaerense. Mantengo viva mi fe hacia la escuela, a pesar de la incomprensión o de la incapacidad de **ciertas altas autoridades".** Estas palabras están al comienzo de su libro. ¿Por qué fué destituída Herminia C. Brumana? Seguramente porque la encontraron educando (repetimos lo que dice Bertrand Russell).

Tizas de colores, más que una obra literaria, es una obra de pedagogía humana. Son cosas vividas. Son relatos verídicos. La escritora toma hechos de la vida diaria de su escuelita, y nos los cuenta con una sencillez azorinesca. No hay "poses", ni digresiones pedagógicas aburridas, ni tecnicismos que nos obliguen a estar con diccionario en mano. ¡Y qué ternura pone la insigne maestra en cada línea que escribe!

Tizas de colores es un libro sentimental al que le hace falta una base más firme. Tal vez sea demasiado blando y quien lo escribe posee la piedra y el hierro que se necesitan para darle mayor consistencia. Cada vez que la escritora nos conmueve (y esto es muy frecuente), notamos que nos ha hecho meditar. ¿Los problemas que ella afrontó, no son los mismos que nosotros tenemos aquí? ¿La solución que ella encontró para determinado caso, no habría sido mejor que la que nosotros hallamos? ¡Cuántas veces, al leer este libro, hemos debido confesarnos que en varias ocasiones procedimos mal! Otras veces, en cambio, nos alegramos al reconocer que tuvimos tino para tratar ciertos asuntos.

Tizas de colores abunda en excelentes sugestiones para los maestros que realmente tienen interés en educar. Para ellos también hay ahí un estímulo sincero. Pero también encontramos la crítica severa. Más de un maestro, al leer esta obra, se habrá sentido molesto por las cosas "desagradables" que allí encuentra. Lo bueno sería que, en vez de enojarse, trataran de corregir los defectos que con tanto acierto se censuran. La señora Brumana critica muchas cosas que cree propias de su país. Singulariza y en varios aspectos pudo haber generalizado sin peligro de equivocarse. Leed **Fiesta patria.** Sólo habría necesidad de cambiar unas pocas palabras para tener una crónica de una fiesta patria en Costa Rica, en Chile o en cualquiera de las democracias de hoy (música criolla, discursos, banderas: nada). ¡Cuánto nos ha hecho recordar este capítulo a cierto político, de historia más que turbia, que en el centenario de Juan Santamaría tuvo el valor de pronunciar un discurso en loor del héroe!

Tizas de colores es un libro que satisface mucho. Nos parece mejor la primera parte, **Impresiones de escuela**; la segunda, dos conferencias, incluye una biografía de Bakulé y unas sugestiones a las maestras jóvenes.

¿Lograrán estas líneas despertar en los maestros el deseo de leer esta obrita admirable? ¿Aprovecharán las enseñanzas que ahí se encuentran?

Tal vez resulte peligroso llevar a la práctica lo que aconseja Herminia C. Brumana, ya que, como dice Rodolfo Llopis: "En el fondo de todo revolucionario se encuentra siempre un educador, como en todo educador digno de ese nombre hay siempre un revolucionario".

Lilia Ramos

Abril de 1933.



Herminia C. Brumana

Dibujo de *F. Amighetti*

Fiesta patria

= Tomado de *Tizas de colores*, por Herminia C. Brumana. Buenos Aires. 1932 =

La escarapela.—Desde los primeros días de mayo esta profesora lleva prendida a su «loutre de Colombia» una linda escarapela argentina. Ciertamete, colocada ahí, en el brillante «loutre» negro, la escarapela semeja una flor delicada con su blanco blanquísimo y su divino azul celeste... Queda bien, muy bien.

Y como esa profesora me ha sorprendido mirándola, me ha dicho, entornando los ojos:

—¿Ha visto qué patriota soy? Yo llevo escarapela todo el mes de mayo. Usted, como no es patriota...

Yo la dejo sonreir, y vuelvo a mirar, esta vez con angustia, la hermosa cinta prendida en su pecho como un adorno...

Le diría:

—¿Qué clase de patriota es usted, que por nada del mundo se pondría un par de medias hechas en el país, ni compraría una tela de industria nacional, ni calzaría zapatos que no sean de cabritilla francesa, que trata en todo momento de defraudar al pueblo argentino que le paga el sueldo, trabajando lo menos posible y robando a sus alumnos el esfuerzo de su inteligencia para ser una enseñadora a sueldo fácilmente reemplazable por un fonógrafo, que desconociendo en absoluto el idioma nuestro y sus bellezas dedica dos horas diarias al aprendizaje del francés, porque «es bien» hablar la lengua de Moliére, que no hace nada por contribuir a la cultura del país y regatea unos centavos en el precio de un buen libro argentino, pero paga altos precios por una obra trivial extranjera?...

«Como usted no es patriota...»

En otra época no la hubiera dejado hablar, porque todas esas cosas, que he pensado de ella, se las habría dicho impetuosamente, acaso arrancándole la escarapela blanquísima prendida al «loutre». Pero ahora me estoy poniendo mayor, y yo no sé si llamo comprensión a la cobardía. Lo cierto es que callo...

(*Pasa a la página siguiente*)

Fiesta patria...

(Viene de la página anterior)

En el desfile.—Como todos los años, la banda de música en la plaza del pueblo ejecuta el Himno, que apenas si corean los niños de las escuelas, endurecidos los labios por el frío. Pero el hombre de las bombas se encarga de traducir el entusiasmo patrio hendiendo el aire con el más ingrato de los ruidos.

A la cabeza de la columna, las autoridades del pueblo toman posesión del palco oficial y alternan con ellas las damas más representativas del lugar.

Los oradores, en riguroso orden jerárquico, hacen oir sus discursos y la atención decrece paulatinamente, porque los ruidos sonoros de las palabras huecas repetidas con incansable tenacidad, se tornan insoportables.

En tercer lugar, las escuelas. Niños y niñas—estas últimas disfrazadas de argentinas con moños celestes de papel en la cabeza—soportan con admirable resignación el espectáculo. La democracia, la igualdad a que se tiende haciéndoles vestir a todos el guardapolvo blanco, cae al primer vistazo del observador. ¿Puede el guardapolvo salvador, igualar los piececitos de estos niños calzados unos con el flamante zapatito charolado y cubiertos otros con la gastada zapatilla que mal disimula la media remendada? ¿Puede el guardapolvo salvador igualar todas estas caritas, rosadas y relucientes de bien nutridos organismos unas, y amarillentas y pálidas de miseria, otras? ¿Puede el guardapolvo salvador igualar la expresión tranquila de este niño bien abrigado con la de aquel otro cuya camisetita de algodón y su pantaloncito barato dejan filtrar el frío que endurece los rostros? Una sola cosa los iguala: su inocencia; ellos no saben lo que dicen esos hombres que hablan. Vienen porque los mandan y porque tienen la íntima esperanza que al final del suplicio repartirán caramelos...

Al frente de la escuela, el director se siente en ese día patrio, más que nunca, general en jefe de fuerzas de mar, tierra y cielo. El director desde su puesto observa la correcta formación de los grados, el acompasado y marcial paso. Su oído es sordo para toda cosa que no sea el ruido del paso de sus alumnos, sus ojos son ciegos para toda cosa que no sea la perfecta alineación de los grados, y su corazón insensible a toda emoción, que no sea la del orgullo que le produce el desfile modelo de sus alumnos.

Soy más argentina.—Como no oigo a los oradores, observo a mi alrededor. Veo que mis alumnos se ríen. Miro. Una señora bien, que conozco, y no da hijos al país por no perder la línea, ha traído a la concentración su perrito. Lo ha levantado en sus brazos, para que él—también con cintita argentina al cuello—vea al orador. El perrito se ha puesto a ladrar, y eso ha hecho reír a los chicos. Yo confirmo, una vez más, la inteligencia de los perros.

Por la calle del hospital, de donde lo han dado de alta esa mañana, pálido aún, y lentamente, llega a la esquina de la plaza un hombre. Se detiene junto a un grupo de señoritas que charlan y festejan las gracias de un joven, inútil empleado nacional. En ese momento ejecutan el Himno, y el hombre — ¿distraído?, ¿enfermo?, ¿rebelde?— ha permanecido con el sombrero puesto. Entonces, en el momento en que el suavísimo «coronados de gloria vivamos» se deja oír, la voz del joven que enarbola su bastón se oye áspera, dirigiéndose al hombre:

—¿Quiere que le saque el sombrero de un bastonazo?

Las señoritas aplauden, sonriendo...

También entre las mujeres que cantan el Himno está la señora aquella de cuyas manos saqué una vez, magulladas las carnes, a la pobre negrita que le había dado el juez de menores para esclava...

También ella tiene, como todos, la escarapela argentina prendida de su pecho. Y yo miro la mía colocada en la solapa de mi mejor vestido... Un gesto sombrío me tuerce los labios.

—Señorita, ¿no está conforme cómo nos portamos?—me interroga un alumno que ha sorprendido mi gesto.

—No, es que tengo las manos y los pies helados.

He mentido. Tengo el corazón helado ante este espectáculo de hipocresía. Me da vergüenza ser hermana de todas estas gentes que ostentan mi mismo símbolo. Y sin querer, instintivamente, cubro con la solapa de mi mejor vestido la enseña blanquísima y azul.

Yo, sin más distintivo que mi corazón, me siento más argentina que ese director en jefe, que ese orador florido y ampuloso, que esas señoras que aplauden elegantemente, que el hombre del bastón que hace respetar el Himno.

Porque desde mi cátedra digo la verdad a mis alumnos, y no les declamo que mi país es el mejor del mundo, sino que les señalo sus defectos para que ellos los subsanen; sus fallas para que las salven sus errores para que los supriman. Enseño dónde hay campos sin labrar, minas sin explotar, fuerzas naturales que encauzar. Digo que en mi país hay analfabetos que reclaman escuelas, provincias que tienen innumerables enfermos, donde la tuberculosis y el alcoholismo hacen grandes estragos. No digo que mi patria es poderosa: digo, enseño cómo puede serlo.

El pueblo.—Y, sin embargo, atrás de los niños entumecidos de frío, tan atrás que no oyen los discursos, ni ven a los oradores, hay un grupo de patriotas cuyas manos, endurecidas y ásperas no saben trazar en el aire gestos artísticos, pero que empuñan la herramienta que no es elegante, pero que es fecunda; cuya palabra no es fácil, pero cuyo sentimiento es puro; cuyo traje no es suntuoso, pero cuya vida es útil. Son los trabajadores del país, patriotas aún sin haber nacido en esta tierra.

En ese grupo está, sin duda, acompañándolos, el espíritu de Moreno, orgulloso de llamar hermano patriota a cada uno de estos hombres de manos toscas que forjan la nacionalidad, creando al pueblo la independencia económica y que, en verdad, «ni ebrios ni dormidos, tienen inspiraciones contra la libertad de su patria».

Después.—Y en las fiestas, discursos. Y en los discursos, frases ampulosas, grandiosas... las tengo en el oído fresquitas aún: «Soberanía nacional», «grandeza del país», naciones progresistas», «industrias florecientes», etcétera.

Llego a la escuela, y no sé cómo viene al caso, pero oigo que me cuentan unos alumnos:

—Yo duermo con dos hermanitos en un catre...

Otro:

—En mi casa somos cinco y hay dos camas... En la cama grande de mi mamá duerme mi papá, mi mamá y mi hermanita. Yo y mi hermano más grande en el catre...

....

Mi escuela queda a diez minutos de tren de la capital. A diez minutos de distancia de donde hablaron de «grandeza nacional, país rico, industrial, floreciente, vanguardia de la civilización», etcétera.

Y todas estas frases huecas, ampulosas y falsas, mezcladas con estas otras sencillas y sinceras de mis pobres chicos, me golpean en el corazón angustiándome...

Herminia C. Brumana

Economía Doméstica. A

Pláticas para mujeres campesinas y de poblaciones pequeñas

6.—El hogar (La cocina)

= *Envío de la autora*. México, D. F. =

(Véase la entrega 16 del tomo en curso)

En la plática anterior te hablé del mejor modo de hacer el arreglo de los cuartos, ahora te diré algo de la cocina que debes arreglar convenientemente para comodidad de tu trabajo.

Por regla general, en las casas del campo las cocinas son grandes y pueden convertirse en un lugar de reunión familiar, especialmente en las noches.

En el campo la cocina es acogedora aun con el inconveniente del humo que se extiende por todo el cuarto.

Hay un modo muy fácil de hacer más cómoda la cocina, si el cuarto destinado para ese objeto es de adobes. En una esquina del cuarto, con adobes o piedras, se hace un banco a una altura conveniente para poder guisar de pie; como a ochenta centímetros de altura sobre el banco se mete también esquinada una vigueta, sobre ella se levanta hasta el techo una pared esquinada, es decir, hasta donde llegan las paredes del cuarto; se abre el techo en ese lugar y se hace un tiro de metro y medio o dos metros; así queda formada una chimenea. En la parte alta se le pone un sombrero hecho de lámina para que deje salir el humo y no entre fácilmente el agua o la tierra. Otras veces se usa todo el ancho de la pieza, pero es menos costoso hacer esa chimenea en la esquina. Tu marido puede preguntarle al ingeniero que visite ese lugar, comisionado por la Secretaría de Agricultura y Fomento, o al que trabaja en las escuelas normales y agrícolas; él le dirá cómo puede hacer la cocina más cómoda.

Cerca del lugar del fuego pon un banco a buena altura para poner sobre él tu metate y poder tortear parada. De esa manera te cansarás menos y la comida queda más limpia.

Cuando te acostumbres a trabajar parada o sentada en alto, en vez de hincarte o sentarte en el suelo, harás todo con más rapidez y limpieza.

Si tu cocina es grande procura poner una mesa grande, para que toda la familia coma en ella. Si puedes forrarla con hoja de lata podrás tenerla más limpia.

Procura tener una silla para cada miembro de la familia; si no tienes para comprar sillas, sustitúyelas con troncos de árbol recortados, o con cajones. Arregla un cajón con una puerta de tela de alambre para que allí guardes las cosas que te queden de la comida; así se conservan limpias y, recalentadas, se comen con agrado. Un trastero o una alacena completarán tus comodidades en la cocina.

Tu cocina, ya arreglada así, es un bonito lugar de reunión familiar. Procura que tenga una ventana muy grande para que entre por ella sol y aire.

Cerca de la cocina siembra unas plantas trepadoras; chayote, parras, un rosal; procura que tu marido te lleve madera y ayúdale a formar una enramada. Las matas te darán fruta y, además, una bonita sombra para comer allí en los días de descanso; también será buen lugar para que jueguen tus hijos y duerman los pequeños durante el día.

En algunas partes tejen hamacas; si no las conoces es posible que al formar tu club, la Secretaría de Educación pueda mandarte una para muestra. Allí puedes dejar con toda confianza que duerma tu hijo más pequeño.

Cuando el interior de tu casa y el lugar para comer esté listo, piensa en el patio. Reúnete con las otras mujeres del pueblo, forma clubs y trabajen juntas.

Miren con cuidado si el pueblo tiene agua o modo de tenerla.

Si hay agua, tan pronto como se organicen pidan ayuda a la Secretaría, que les mande una persona que les diga cómo deben formar y cultivar su huerto doméstico. Las legumbres que ustedes cultiven mejorarán la alimentación de la familia.

Si no hay agua, vean la manera de obtenerla. Hay un lugar en México que se llama Yucatán; dile al maestro que te enseñe el mapa de la República y te diga dónde está. En ese Estado no hay ríos, el agua no se consigue fácilmente, pero los hombres son allí muy industriosos y todas las casas tienen un pozo y un molino de viento que mueve una bomba que saca el agua; así todos tienen agua suficiente para el quehacer, para bañarse y algunas veces para tener un huerto.

Tu marido es fuerte y, si quiere, puede juntar dinero y en vez de gastarlo para la fiesta que se hace cada año en el pueblo, que haga un pozo; si no puede hacerlo solo, que se junten seis, diez hombres y hagan uno para que todas las familias de ellos tengan agua. Ya verás, luego que un grupo de hombres haga el primer pozo, los demás seguirán abriendo y pronto todo el pueblo tendrá agua.

Tú alienta y ayuda a tu marido para que sea de los primeros en resolver esa mala situación de no tener agua. Sin agua no puedes ser limpia, no puedes hacer tu trabajo fácilmente.

Si no tienes agua fácilmente, no te desanimes; es casi seguro que no podrás tener un huerto, apenas podrás regar las matas de tu enramada. Piensa entonces en otra cosa: en la granja doméstica. La cría de animales es un buen negocio. Para aprender a levantar cada año crías numerosas, también tienes que organizarte y así organizada recibirás el consejo del maestro rural o de alguna persona que la Secretaría de Educación mande para darte instrucciones.

No te olvides de que es muy importante que se organicen, porque así las más inteligentes de cada pueblo, aprenderán y después ellas enseñarán a las que tardan más en comprender.

Mujer campesina: tu casa puede ser rica con tu trabajo. Para nosotros ser rico no quiere decir tener mucho dinero.

Ser rico es tener abundante comida, casa amplia, ropa suficiente para estar siempre limpio y más que todo, ser rico es tener entendimiento para hacer que la tierra dé fruto, que los animales se multipliquen mucho y que usemos todo esto con juicio, moderando nuestros apetitos para no ser borrachos, ni glotones, ni envidiosos.

En la próxima plática hablaremos del vestido.

Elena Torres

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Con el último correo, estos libros:

Francisco Valdés: *Letras*. Notas de un lector. Espasa-Calpe, S. A. 1933.

Donación de la casa editora.

Goncha Espina: *Candelabro*. Novelas. Hernando, S. A. Madrid. 1933.

Nos lo manda la autora.

Angle Grisanti: *La instrucción pública en Venezuela*. Epoca colonial. La independencia y primeros años de la República. Epoca actual. Prólogo de Francisco García Calderón. Editorial Araluce. Barcelona.

Envío del autor. Caracas, Este 8, Número 1.

Gonzalo Frías Beltrán: *Tangente*. Poemas. Editorial Cultura. México, D. F. 1931.

Envío del autor. Desde Santiago de Chile.

Alberto Hidalgo: *Actitud de los años*. M. Gleizer, editor. Buenos Aires.

Envío del autor. Piedras, 180. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o.am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Un libro de Fombona

= De *La Voz*. Madrid, 14 de marzo, 1933 =

Alguna vez creo haber contado cómo he conocido a este ilustre escritor hispanoamericano. Fué en París, en la tertulia de Luis Bonafoux, Rubén Darío, Gómez Carrillo y algunos otros para mí personalmente desconocidos. Entablé con uno de los últimos diálogo, que se hizo polémico sin duda por el tono exaltado de mi interlocutor. Le contradije. Cuando salíamos, ya de noche, bajo una lluvia fina de otoño, Carrillo, que se apoyaba en mi brazo, me advirtió en su tono suave e insinuante: "No sabe usted el riesgo que ha corrido. Se ha atrevido usted a discutir con el gran Blanco-Fombona, y sin duda le ha caído usted en gracia, cuando no le ha dado a usted un tiro... Fombona es el hombre más terrible que se pasea por París..." ¡Pobre Gómez Carrillo! Reí la "boutade". Pero algo había quedado en mi ánimo de aquella humorada. Rufino Blanco-Fombona, además de un gran escritor, era para mí desde entonces un hombre bravo. Después, ya en España, conocí más de cerca esta recia personalidad: temperamento violento y duro de país joven, alma hispana apasionada y romántica, inteligencia europea cultivadísima y abierta a todos los horizontes. Advertí cómo Fombona vivía consagrado a la más ardua de las profesiones: nada menos que la de ser todo un hombre. Los grandes valores humanos fueron su obsesión y el estímulo constante de su actividad. Y no sólo se ha movido por amor a la verdad y a la belleza, como él mismo dice, sino por lo que juzgo todavía más excelso: por amor a la justicia Con ser Fombona un exquisito poeta, un apasionado del arte, lo es acaso en mayor grado de la justicia y de la libertad. No pelea por abstracciones. Todo en él es vital. Paladea como un excelente catador las más ricas esencias de la vida. En este sentido, ninguna obra podía superar a esta que acaba de ofrecer al público, verdadero regalo espiritual: "Camino de imperfección". Diario de su vida. Un diario de la vida de Fombona no significa la monotonía de un tema único (sensación o pensamiento), sino la armonía jugosa de una existencia en plenitud, cargada de todos los afanes legítimos. Nada le es ajeno. Es una síntesis admirable de temas vitales este íntimo diario. Al lado de la nota vibrante y cálida de su pasión política, que le lleva a una actuación dramática en su país, con su cortejo de persecuciones (cárcel, destierro...), y que en el fondo no es sino anhelo de justicia, está la nota sentimental y tierna, jugosa por sincera, de evocaciones familiares, o la huella rápida de su valor crítico, como impresión de una lectura o el perfil de una meditación filosófica, y por último la constante inquietud del amor, con todos sus matices, desde la desnuda impulsividad instintiva hasta la suprema delicadeza de un culto a la mujer.

Con cualquiera de estos temas vitales, sentidos todos y cada uno con la intensidad temperamental propia de este egregio escritor, habría bastante para conseguir las siguientes cosas: llenar una existencia, definir una personalidad y hacer una obra. Blanco-Fombona ha sentido con violencia todos estos temas y los ha sujetado en una armonía pletórica bajo la disciplina de una mente clara y un corazón recio.

Fombona ha sentido y ha compartido con nosotros las alegrías y los dolores de esta última fase de la vida española. Ha sufrido también persecuciones en nuestra tierra por servir a la justicia, que no podía ser tan sólo española simplemente porque era tan sólo justicia. Y puesto que comencé con una anécdota, terminaré con otra. Fué en los tiempos de la Dictadura, en un célebre banquete que sirvió de plataforma para una exteriorización política; se dieron vivas entonces punibles. Entró la Policía y se llevó, entre otros, a Blanco-Fombona. Di al punto noticia de ello a Francos Rodríguez, presidente a la sazón de la Asociación de la Prensa, quien hizo aquella misma noche varias gestiones sin resultado para rescatar la libertad del escritor. Se me dijo días después por varias personalidades, Francos entre ellos, y quiero recordar que también el conde de Romanones, que existía el pensamiento (verdaderamente cruel) de entregar a Fombona a su país y en las propias manos del presidente Gómez, a quien nuestro amigo combatía. Visité al punto a la única persona de la situación que yo trataba: al señor Calvo Sotelo. Calvo, que no conocía personalmente a Fombona, según me dijo, me prometió gestionar la libertad, y añadió que no me extrañara si no me escribía sobre este asunto, cualquiera que fuera el resultado de sus gestiones; pero me aseguraba—y justo es consignarlo ahora—que él haría cuanto pudiera de su parte. La verdad es, coincidencia o no, que al día siguiente Fombona se paseaba conmigo por la calle de Alcalá. Sólo entonces le enteré de cuanto me habían dicho que se pensaba hacer con él. "¿Por qué—exclamó indignado—se me había de expulsar de España? Yo no hago política en España: hago una política universal. Hay causas que no pertenecen a ningún país, como son la de la justicia y la de la libertad". Dió entonces un grito de ¡abajo la tiranía y viva la libertad! Y tuve que aconsejar calma a aquel hombre, cuya bravura es indomable para no claudicar jamás en la defensa de sus ideales, por los cuales tornaría cien veces a sufrir persecución hasta la muerte.

Victoriano García Martí



R. Blanco-Fombona

Gacetilla

= De *Luz*. Madrid =

Rufino Blanco-Fombona publicó (Editorial América) su «Camino de imperfección», subtitulado «Diario de mi vida». Comprende los años de 1906 a 1913, trascurridos en Caracas, Amsterdam, París, San Cugat de Vallés, Madrid, Aquisgran y otras grandes y pequeñas ciudades. Se mezclan en el «Diario» la política, las letras, la vida privada del autor, sus relaciones epistolares, sus peripecias amorosas, todo cuanto en esos años pudo, a su juicio, ser digno del recuerdo escrito. No faltan en el volumen consideraciones filosóficas y religiosas mezcladas a relatos de cruda intimidad, a cartas de amor redactadas en todos los tonos y temperaturas. Cuanto concierne a Rubén Darío es—especialmente—de sumo interés. Abundan las anécdotas literarias que reflejan exactamente la vida espiritual de París en los primeros años del siglo, minuciosamente conocida por Blanco-Fombona. Libro dinámico, de musculoso autor, cofre en desorden—como la vida—repleto de reliquias, preciosas unas, sólo para el autor, otras, de indudable interés para la historia literaria del llamado «novecentismo» y, en general, de la evolución espiritual y política de ese período sin grandes relieves en que un siglo ha muerto y otro apenas ha aprendido a andar. Todo el libro revela una gran preocupación de hombre de letras que quiere marcar detalladamente la trayectoria de su mente y, en general, de todas las energías de su organismo en marcha.

Benjamín Jarnés

Imprenta LA TRIBUNA